

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA
Tesis Licenciatura en Sociología

**Desintegración y miedo:
dinámicas de la inseguridad ciudadana**

Pablo Domínguez

**Tutores: Luis Morás
Geysler Margel**

2006

CONTENIDO

	<i>Pág.</i>
1-Introducción	<i>1</i>
2-Objetivos de la investigación, hipótesis y objeto de estudio	<i>3</i>
2.1 Objetivos de la investigación	<i>3</i>
2.2 Juego de hipótesis	<i>3</i>
2.3 Objeto de estudio	<i>4</i>
3-Marco teórico	<i>5</i>
3.1 Crítica a los abordajes tradicionales a la cuestión del temor ciudadano	<i>5</i>
a) Delincuencia: ¿Mito o realidad?	<i>5</i>
b) La falacidad de la reducción mediática y el pánico colectivo	<i>7</i>
3.2 Definición adoptada de seguridad ciudadana y consecuencias de la misma	<i>10</i>
3.3 Inconsistencia de status, riesgo y globalización	<i>11</i>
a) Las teorías de la inconsistencia de status y la disonancia cognitiva	<i>11</i>
b) Normalidad y equilibrio contra cambio y riesgo	<i>14</i>
3.4 Síntesis: nuestra propuesta de teoría de determinación estructural del temor ciudadano	<i>16</i>
4-Evidencia empírica	<i>19</i>
4.1 Sobre los datos empleados y su manejo	<i>19</i>
4.2 Estabilidad relativa de la delincuencia en el periodo estudiado	<i>20</i>
4.3 Comportamiento de los principales indicadores de inseguridad ciudadana y selección de las variables dependientes para nuestro análisis	<i>22</i>
4.4 Variables independientes e hipótesis de trabajo	<i>26</i>
4.5 El efecto de la crisis socioeconómica sobre los indicadores de inseguridad	<i>27</i>
4.6 La vivienda como factor de seguridad	<i>29</i>
4.7 Seguridad laboral y temor ciudadano	<i>32</i>
4.8 La inconsistencia de status subrecompensada como generadora de inseguridad	<i>35</i>
4.9 Desintegración y vulnerabilidad familiar	<i>41</i>
5-Conclusiones	<i>44</i>
5.1 Líneas de profundización del modelo empírico	<i>44</i>
a) Crítica y expansión de nuestra operacionalización metodológica	<i>44</i>
b) Hacia un segundo modelo de análisis estadístico	<i>44</i>
5.2 Líneas de avance teórico y problemas empíricos aún sin responder	<i>49</i>
a) La racionalidad del temor y la integralidad de la seguridad	<i>49</i>
b) La integralidad de la seguridad y la complementariedad aditiva de los vehículos de tensión	<i>50</i>
6-Bibliografía	<i>51</i>
7-Fuente de datos empleados	<i>54</i>

I-INTRODUCCIÓN

La problemática central del presente trabajo se anuda en torno a la seguridad ciudadana, pero de hecho es bastante más amplia que ella, intentando explicarla a través de variables que son exógenas a los modelos o visiones que tradicionalmente la han abordado.

En primer lugar, este trabajo girará todo el tiempo en torno al “temor” al delito y la violencia, que de ahora en más denominaremos “inseguridad ciudadana”, por oposición a los abordajes de la seguridad ciudadana en cuanto a los fenómenos de violencia urbana “real” y su medición, caracterización o casuística - temas que no serán en absoluto de nuestro interés. Nuestro objetivo es entonces explicar este temor de la forma más apropiada posible.

Varias variables se manejan como explicativas de este temor en la bibliografía especializada, en particular, por supuesto, el crecimiento de la delincuencia y la violencia por una parte, y como explicación muchas veces antagónica a ésta el efecto de la difusión de la violencia desde los medios de comunicación. Y, no en vano, las explicaciones centradas en estas variables pueden arrojar mayor o menor luz sobre el fenómeno, y por esa razón serán mencionadas aquí con referencia a nuestro modelo que, sin negarlas (ni afirmarlas), dejará de lado ambas explicaciones buscando una tercera explicación desde fuera de la dinámica concreta del espiral perverso de delincuencia y publicidad mediática.

Así, no sólo propondremos variables alternativas sino que de hecho propondremos a todo este fenómeno como de cierta manera epifenomenal con respecto a otro más hondo, y más difícil de definir, de inseguridad estructural. Esta inseguridad sería en cierta medida endémica a los actuales procesos de cambio y quizá de la modernidad toda, dada su permanente división de trabajo social, y en todos los casos sería característica de su etapa globalizadora y “posmoderna” (o “tardía”, según cómo se quiera llamar a la etapa posterior a la sociedad separada en unas pocas clases sociales homogéneas y claramente delineadas), marcada por el riesgo y la incertidumbre. Estos riesgos e incertidumbres se ven multiplicados además en nuestro país por el deterioro lento pero sistemático de las posibilidades de movilidad social y sobre todo de las redes de bienestar y seguridad social— las estatales en particular.

De esta forma, sostendremos que la construcción social del temor ciudadano, lejos de ser el reflejo directo y lineal de una situación de violencia efectiva en un extremo, o bien un constructo puramente mediático en el otro, responde en definitiva a mecanismos más complejos y problemas de inseguridad más amplios. Intentaremos definir cómo y por qué esta inseguridad existe y se genera en cuanto tensión en el tejido social, y cómo y por qué se expresaría en inseguridad ciudadana. El origen de esta tensión general pasaría según nuestro modelo por el desfase entre expectativas y posibilidades reales de realización, desfase que se vuelve sistemático y estructural a través del reparto desigual de los riesgos. Así, la nuestra intenta ser una **teoría de determinación estructural del temor ciudadano**.

Varias teorías nos servirán para avanzar en nuestro camino; las teorías de la inconsistencia de status (Lensky, 1954) y la disonancia cognitiva (Festinger, 1959) nos ayudarán a relacionar adaptaciones psicológicas individuales a problemas estructurales, tomando en cuenta el ejercicio que hiciera Carlos Filgueira (1983) al usarlas para discutir las teorías del subdesarrollo y la transición demográfica en un solo movimiento. No obstante, nuestra reformulación de estas teorías se alejará de la de Filgueira, no atando nuestras adaptaciones psicológicas al subdesarrollo en sí mismo sino a la expansión y contracción de sistemas proveedores de seguridad y control de riesgos, donde los sujetos en diferentes etapas de su vida internalizan valores y metas que luego son permanentemente amenazados por contextos altamente volátiles o bien de cambio irreversible, generando tensión y angustia a nivel de los átomos de la estructura. Conceptos como los de Esping-Andersen (2000, 1993), y Ulrich Beck (1997, 1986) nos permitirán entonces complejizar estos modelos usando la noción de riesgo (Beck) y de la existencia de instituciones y mecanismos sociales que los generan o los controlan - el Estado y la familia se destacan entre estos últimos, aunque también se puede conseguir seguridad a través del mercado (Esping-

Andersen).

Dicho esto, se vuelve central señalar que, dado que desde nuestro enfoque la inseguridad ciudadana sería una expresión o ajuste *más* de la inseguridad en general, sería de esperar que ésta esté afectando de igual o similar manera otros aspectos de la vida social más allá de la construcción de realidad en torno a la convivencia urbana y la violencia entre grupos segregados. Así, si bien nuestro trabajo abordará con fuerza e intentará explicar los distintos enigmas sociológicos planteados por la seguridad ciudadana, nuestra teoría de fondo debería ser aplicable a otros fenómenos de construcción del imaginario sociocultural, desde la construcción social de “la droga” a la de “la corrupción”, pasando eventualmente por cientos de “*cucos*” hoy ya pasados de moda. Por otra parte, las *fugas hacia delante*, es decir, la creencia (justificada o no) en lugares o futuros mejores a los que se llegará, con expresiones sociales concretas como la propensión a migrar o la esperanza de cambio político, deberían ser explicables en forma similar, aunque no nos detendremos en ellas, ni tampoco en los cambios a nivel de la conducta que podrían ser explicados con arreglo estas orientaciones, como sucede en el caso de la teoría de la inconsistencia del status social.

A nivel de diagnóstico social, es importante ya señalar que referida a la seguridad ciudadana, esta dinámica encierra potenciales consecuencias negativas, en particular la escalada en cierta forma *fascistoide* de los reclamos de seguridad. Así, estos reclamos pueden volverse perversos al no atacar los problemas estructurales de fondo que aquejan a la sociedad, y poderosamente estigmatizantes cuando se enfocan a grupos o perfiles sociales particulares, como los jóvenes de sectores marginales.

La misión teórica más general propuesta en este trabajo es ambiciosa, quizá más de lo que podremos demostrar empíricamente con la robustez estadística que el caso merecería. Aún así, ante el vacío teórico en lo que hace a la explicación de la “sensación térmica” por una parte, y por otra los estallidos de inseguridad que han afectado a nuestro país en los últimos tiempos -en particular en la actualidad-, creemos que ciertamente nuestro objetivo más modesto, intentar explicar mejor cómo ha operado el fenómeno en el Uruguay de los últimos años (lo que a su vez constituiría un insumo para los hacedores de políticas), es plenamente fundado y relevante.

Así es que esta monografía contempla cuatro etapas diferentes: primero, describir muy breve y pragmáticamente nuestro objeto de estudio, nuestros objetivos y nuestras principales hipótesis. Hecho esto, nos adentraremos en la discusión teórica que hemos planteado, delineando con la mayor claridad posible el modelo teórico que llevó a las hipótesis que ya adelantamos, discutiendo y chocando teóricamente con otros autores y planteos. Trazado nuestro marco teórico, cotejaremos nuestro modelo con evidencia empírica que brinde algún nivel de contrastación a las hipótesis que nos guían y las ilustren mejor. Finalmente, cerraremos el trabajo con la esperanza de haber generado líneas de trabajo útiles para posteriores investigaciones, de las que esta forma un primer paso (inacabado, como corresponde en todo proceso de investigación real).

2-OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN, HIPÓTESIS Y OBJETO DE ESTUDIO

2.1 Objetivos de la investigación

Dos son los objetivos de nuestra investigación:

1. **Objetivo de investigación aplicada:** *Generar un conjunto de hipótesis minimamente robustas capaces de estimular o servir de insumo a posteriores investigaciones sobre la materia.*

Suponiendo que nuestro enfoque sobre la seguridad ciudadana es en efecto innovador, esperamos que las hipótesis planteadas puedan ser a su vez tomadas en cuenta por otros investigadores. Sobre el final del trabajo sostendremos que estas líneas de investigación social serían tanto cuantitativas como cualitativas. Nosotros en particular tenemos la firme determinación de continuar la investigación, de la que esta monografía representa un paso intermedio y, por supuesto, un objetivo netamente curricular en sí mismo.

2. **Objetivo de política social:** *Generar un insumo de utilidad a quienes hoy deben enfrentar desde el Estado una crisis de sensación de inseguridad aparentemente injustificada y desestabilizadora.*

Tras generar una herramienta teórica dotada de una mínima capacidad de explicar la casi inexplicada “sensación térmica”, esperamos que pueda ser de ayuda consultiva a los tomadores de decisión enfrentados a la situación nacional actual o bien situaciones análogas. Esta utilidad esperamos redunde no sólo de su diagnóstico concreto sino también de las aplicaciones y conclusiones adicionales que pudieran realizarse a partir del conjunto de proposiciones lógicas que delineamos en esta monografía¹.

2.2 Juego de hipótesis

Nuestra labor discurre sobre el fundamento teórico y la contrastación empírica de las siguientes dos hipótesis:

Primer hipótesis: *Cuanto mayor sea la brecha que un sujeto perciba entre la evaluación subjetiva de sus **chances de realización** por una parte, y las **aspiraciones personales** que motivan su accionar por otra, mayor será su inseguridad en términos generales y, consecuentemente, su temor a la delincuencia como parte o canalización de esa inseguridad.*

Segunda hipótesis: *Las variaciones en el nivel de **entropía del entorno social** implican variaciones en los niveles de inseguridad de los individuos, y en distintas instancias históricas y sociales se encontrarán distintos **vehículos** simbólicos colectivos y expresiones para la misma – el temor a la delincuencia, justificado o no, es uno de éstos.*

¹ Algunas de las secciones de esta monografía, como en particular la 5.2. no son empero necesarias a este objetivo sino exclusivamente al primero.

² Por entropía del entorno social entendemos el nivel general de riesgo del mismo así como la velocidad del cambio social.

En el capítulo que viene definiremos con claridad todos los conceptos en cursiva, así como fundamentaremos la pertinencia de ambas hipótesis. En el cuarto capítulo generaremos además un conjunto de subhipótesis operativas que serán las que contrastaremos con la información empírica.

2.3 Objeto de estudio

El objeto de estudio que intentaremos explorar mediante nuestras hipótesis es *el temor a la delincuencia manifestado por los habitantes de Montevideo y Canelones*, intentando como decíamos explicar sus causas, aunque también caracterizar su estructura y concluir sus potenciales consecuencias sociales, a través de las herramientas teóricas anteriores.

Empíricamente nos basaremos en las encuestas de opinión realizadas por el programa de Seguridad Ciudadana del Ministerio del Interior en los años 1999-2004, y contra esta evidencia contrastaremos nuestras hipótesis, si bien pretendemos que nuestras conclusiones exceden ese periodo, siendo aplicables a situaciones anteriores y posteriores (como la situación actual que atraviesa Uruguay).

El intentar explicar el comportamiento del objeto que definimos antes nos obligará sistemáticamente a recurrir a problemas más amplios, por lo que nuestra teoría aborda como objetos teóricos de *segundo y tercer grado al temor a la delincuencia en las sociedades modernas, y el fenómeno de la inseguridad como problema endémico a la modernidad*.

Así es que la óptica con que abordaremos nuestro objeto es marcadamente estructural-sistémica, buscando dinámicas abstractas, generalizantes y legaliformes que permitan abogar por un esquema teórico hipotético-deductivo. No intentaremos prioritariamente aprehender en profundidad lo que es único e irrepetible de la realidad uruguaya ni rastrear con calidad histórico-cualitativa la evolución del fenómeno en el caso uruguayo, sino explicar este contexto (sólo superficialmente demarcado) mediante un modelo aplicable a otros contextos sociales o momentos históricos –es decir, intentaremos generar una herramienta teórica.

Es importante subrayar que la delincuencia y la violencia no son en sí mismas objeto de nuestro estudio, y de hecho las presupondremos como variables *constantes* en nuestro modelo; esto obedece por una parte a una definición micro del delito como riesgo permanente en el esquema de adecuación racional de medios con arreglo a fines de un sujeto particular, y por otra como a una decisión simplemente pragmática que nos permita concentrarnos en las variaciones “puras” del temor.

3-MARCO TEÓRICO

3.1 Crítica a los abordajes tradicionales a la cuestión del temor ciudadano

Como señalamos en el apartado anterior, intentaremos entonces explicar la inseguridad ciudadana a través de mecanismos que la trascienden. En esta sección, no obstante, empezaremos por resumir los enfoques que nos anteceden y que intentaremos trascender en lo que hace a abrir la caja negra del temor ciudadano. Hecho esto, traeremos a colación teorías que no han sido antes vinculadas al problema (o no tenemos conocimiento de que lo hayan sido), como las teorías de la inconsistencia de status (Lanski, 1954), la disonancia cognitiva (Festinger, 1959) y las estructuras de riesgo e instituciones de control de riesgo (Esping-Andersen, 2000). Finalmente llegaremos a nuestro modelo teórico acabado.

a) Delincuencia: ¿Mito o realidad?

Gonzalo Fernández sostuvo en su momento que *“al igual que puede distinguirse entre la temperatura -como dato objetivo- y la sensación térmica que ella produce, de la misma manera cabe diferenciar entre niveles objetivos de seguridad y su correlativa sensación térmica proyectada sobre la población”* (Fernández, 1995:11). La cita no es de la prensa de hoy, es de la Contribución al debate sobre la Reforma Procesual que Gonzalo Fernández escribiera la década pasada, articulando el problema de la seguridad ciudadana con el de la reforma procesual. Así es que la imagen no es tan nueva como el reciente debate público parecería indicar, ni tampoco es nuevo el debate sino que, al contrario, el temor a la delincuencia, su carácter justificado o injustificado y la influencia de los medios de comunicación es un tema repetitivo y sistemático a lo largo de la historia de nuestro y otros países. Es cierto también que la imagen no es muy afortunada; señala con acierto que no es lo mismo el temor a la delincuencia y sus variaciones que la delincuencia y sus variaciones (sea en la cantidad de hechos o en la mayor violencia de la misma cantidad de delitos), pero no avanza sobre cómo, por qué y en qué términos se relacionarían una con otra y, más paradójico, no da indicios acerca de cuál sería un nivel “razonable” de temor para un nivel “objetivo” de violencia. De hecho, la sola posibilidad de ser asesinado en un día cualquiera, por pequeña que sea, podría justificar un gran temor considerando lo grave e irreversible del resultado. Incluso es de hecho bastante arriesgado hablar de delitos “reales”, siendo que siempre estamos hablando de construcciones colectivas de realidad social, en las que incluso los esfuerzos estadísticos constituyen una construcción más, y uno endeble considerando que se construye sobre denuncias sin tener cómo evaluar la propensión a denunciar.

Estos puntos oscuros, y difíciles de esclarecer, vuelven a la imagen inútil o incluso de mal gusto considerando el problema que se trata, o bien no abre más puertas que reducir la diferencia entre la delincuencia y el temor a la capacidad sugestiva de los medios de comunicación – hipótesis que, sin negarla necesariamente, relegaremos a un segundo plano en la próxima sección. No obstante esto, nuestro enfoque está en la misma línea, siendo de carácter subjetivo y priorizando en el análisis el sentimiento de la población y sus construcciones simbólicas colectivas, y no el peligro real que eventualmente corran, por lo que los abordajes que exploran la marginalidad y conductas delictivas no serán mayormente explorados; intentaremos explicar el fenómeno sin reducirlo al temor generado por los delitos “reales”.

Como reseñaremos en las próximas páginas, la bibliografía especializada tiende a no establecer una relación directa entre la criminalidad y la inseguridad (hipótesis que sería contrapuesta a la nuestra). Incluso autores como Rafael Bayce (1990, 1995) llegan a sostener, hablando sobre la *hiperrealidad* construida sobre todo desde los medios de comunicación (aunque con arreglo a estructuras culturales) sobre la delincuencia, que en el caso uruguayo su aumento en los años posteriores a la apertura democrática fue puramente mítico (ya sea en sus expresiones de rapiña, violación o cualquier otra forma de violencia directa). No es nuestra intención llegar a afirmaciones tan extremas, entre otras cosas por que incluso si en ese caso particular la correlación entre la “realidad” y la percepción social fuera en efecto nula, suena

arriesgado aplicar lo mismo a cualquier contexto. Si es admirable y no interesa recoger de este autor el esfuerzo por abordar el problema de la construcción social de realidad con arreglo a factores sociales distintos a la delincuencia.

Por otra parte, otros estudios de instituciones como por ejemplo la CEPAL (1996) y autores como Morás (2001), Paternain (2002), Riella y Viscardi (1999) o Bruera y Midaglia (1990), fundamentan que tuvo lugar un aumento de la delincuencia a partir de 1980 y en particular según algunos entre 1980 y 1994 con un recrudescimiento entre 1990 y 1994 (CEPAL, 1996), relacionándolo con el problema de la marginalización social y la segregación residencial. También que ha habido un incremento correlativo en el sentimiento de inseguridad ciudadana, pero no sólo sin concluir que la relación sea de dependencia directa sino que, por contrario, sostienen que las opiniones de la población no están necesariamente bien fundadas y que deberían existir otras variables que median la relación entre ambas. Se podría decir que es bastante consensual en la bibliografía la afirmación de que *“en estos últimos años el Uruguay ha conocido un marcado aumento de fenómenos de violencia y criminalidad, hechos que llevan a la generación de un creciente sentimiento de inseguridad ciudadana y a la modificación de la imagen “pacífica” e integrada que el país tenía de sí mismo”* (Riella y Viscardi, 1999). Esta visión que nos habla con tristeza de la desintegración relativa de nuestra sociedad y no pretendemos negarla aquí sino, por contrario, profundizar en los complejos mecanismos entre el altamente probable crecimiento de la violencia y la concreta construcción simbólico/cultural de la violencia urbana como factor distintivo de nuestro tiempo, del “*hoy*”, así como de otros efectos subjetivos de la desintegración social (más allá del efecto directo de la marginalización sobre las conductas violentas).

Finalmente, los recientes esfuerzos de la división de estadísticas del Ministerio del Interior por sistematizar la información de denuncias han dado como fruto la reconstrucción de series estadísticas que comienzan en 1980 y llegan hasta nuestros días, permitiendo realizar un nivel de observación impensable hasta hace pocos años. Más allá de varias diferencias por tipo de delito y zona del país, la gran conclusión es que el volumen de denuncias crece lenta y sostenidamente a lo largo de las más dos décadas que nos separan de 1980, llegando a porcentajes de crecimiento francamente altos. Esto, sumado a los planteos de la marginalización y desintegración creciente como generadores de delincuencia, vuelve muy solvente la posibilidad de que el incremento del delito sea bien real (tomando en cuenta, claro, el problema de la propensión a denunciar). Aún así, como decíamos el incremento de las denuncias no parece tener ninguna relación con las explosiones de temor que nuestro país ha sufrido en varias ocasiones a lo largo de los últimos años; así, por ejemplo, Uruguay hoy experimenta una crisis de inseguridad sin que el volumen de denuncias de delitos hayan cambiado significativamente en los últimos años. El problema de la relación (en este y otros momentos) queda entonces explícitamente puesta de relieve por los voceros gubernamentales³.

Tras plantear este espectro teórico, nos parece claro que existe una pregunta problema, paradójica, que ha sido sistemáticamente eludida: ¿si el delito no se traduce directamente en temor, entonces cuál es exactamente el proceso social que construye la sensación de inseguridad?

De hecho, esta falta de certeza y claridad en cuanto a la naturaleza del delito y la opinión pública sobre él han llegado a convertirse en componentes estructurales de las concepciones en torno a la seguridad ciudadana, impregnándolas y formando parte del discurso sobre la materia. Así, Rico y Salas, en su clásico y fundacional trabajo sobre *Inseguridad ciudadana y policía*, definen a la seguridad ciudadana como la *“noción utilizada para designar aquel fenómeno que la mayoría de la población suele identificar con la falta de represión y prevención del delito, así como el aumento (real o supuesto) de la criminalidad”*, creencia popularmente extendida que a su vez *“lleva consigo, de manera inexorable y lógica, a planteamientos y conclusiones simplistas, poco rigurosas, equivocadas y, a menudo, peligrosas”* (Rico y Salas, 1988:14).

³ Paternain (2002) planteó más o menos estas líneas; no obstante, esta es nuestra síntesis de lo expuesto por él de sus recientes investigaciones desde el Ministerio del Interior, en el seminario *“Violencia, inseguridad y miedo: ¿Qué tienen para decir las ciencias sociales”*, organizado por ese Ministerio y la Fundación Friedrich Ebert Uruguay este 22 y 23 de agosto de 2006. Desafortunadamente la versión escrita de las ponencias aún no ha sido publicada, por lo que la referencia anterior deberá ser suficiente.

Ciertamente la definición es interesante del punto de vista teórico; mas como objeto de estudio ilustra con claridad estos puntos: la seguridad ciudadana es una *noción*, que a su vez se usa para señalar *aquel fenómeno*, no mencionado, pero que de todas formas la mayor parte de la población “*suele identificar*” con la falta de represión y el aumento *real o imaginario* del delito. De esta forma, esta definición tiene la gran virtud haber delimitado con claridad los límites de la cuestión; no obstante, la mecánica interna del fenómeno es una caja negra que la definición no intenta siquiera abrir. Así, si en su texto los autores señalan el problema de las tensiones más generales y los “chivos expiatorios” (Rico y Salas, 1988:13) para la inseguridad originada en otras dinámicas, esta idea termina no formando una parte articulada del modelo, quedando la dinámica concreta inexplicada más allá de la descripción general. De hecho, prácticamente todos los autores que hemos mencionado han referido de una forma u otra a la relación del temor con la incertidumbre en general -incluso Morás (2001) en particular asocia al temor a la delincuencia a los problemas de la sociedad del riesgo (Beck, 1986)- sin que no obstante ninguno llegue a arriesgar una teoría explicativa concreta y estructurada para el mismo.

Creemos claro en función de esta primera parte del estado de la cuestión que desde la acumulación existente se presenta la necesidad de avanzar hacia una explicación de los mecanismos que median entre ambos extremos del problema (delincuencia y percepción social de la delincuencia).

b) La falacidad de la reducción mediática y el pánico colectivo

Existe una respuesta planteada reiteradas veces en la bibliografía especializada (Aronson, 1995; Bayce, 1990, 1995; Cohen, 1972; McAlister y Vélez, 1999) para dar respuesta a esta cuestión, a saber, la de la influencia de los medios de comunicación, que suele ir de la mano con la atribución de pánico a la ciudadanía fruto de la exposición a las escenas de sangre. Así, estos medios podrían, según el autor elegido, desde funcionar como caja de resonancia amplificadora de la inseguridad “justificada” a sencillamente crear la percepción de inseguridad desde cero, sin verdadera necesidad de una inseguridad “real” a amplificar (más allá de algunos incidentes aislados transmitidos con lujo de detalle a la audiencia). Así, por ejemplo Cohen (1972) acuña el concepto de “pánico moral”, es decir, la *“supuesta reacción excesiva de los medios de comunicación de masas, de la policía y de los dirigentes de las comunidades locales ante delitos que son relativamente triviales, tanto en términos de la naturaleza de la ofensa como del número de personas implicadas. El análisis del pánico moral sugiere que los medios de comunicación masivos caen en el sensacionalismo exagerando sucesos sociales triviales, pero los efectos pueden ser más graves, al dar lugar a la petición de penas más severas e incluso a la creación de nuevos delitos”*.

Cierto es que los costos de estigmatización de estas dinámicas, y de las imágenes mediáticas, pueden ser importantes y los medios jugar su rol en ellos. En esta línea de la estigmatización y la simplificación, es importante pensar en primer lugar que la vida urbana está caracterizada por la transitoriedad, la superficialidad y el anonimato en las relaciones sociales. Así, el hombre urbano no tiene ni el tiempo ni la posibilidad ni el interés necesarios para conocer a todos aquellos que lo rodean, entre otras cosas porque son demasiados y las relaciones demasiado transitorias como para entablar cualquier relación que no sea superficial y anónima en esencia. Así es que para poder interactuar con otros individuos y abordar las situaciones que se le presenten debe recurrir a tipos identificables, rótulos (como estudiante, almacenero o, más importante para nuestra investigación, “plancha”) que se generarán en el sistema social; tipos que obviamente vienen acompañados de juicios de valor y de “recetas” de relacionamiento (Anderson, 1959).

Ahora bien, si queremos entender cómo estos tipos son incorporados por los miembros de una sociedad dada haríamos bien en poner nuestra atención en los agentes de socialización de la misma, siendo la escuela y la familia habitualmente tomados como los de mayor importancia; sin embargo, tras el deterioro del Estado-Nación y los rápidos cambios socioeconómicos y demográficos que han afectado a la familia, muchos autores consideran que estos dos agentes han

perdido gran parte de su fuerza, dejando entonces un “vacío” de socialización a ser llenado por otros agentes. Entre estos autores está Tedesco, quien plantea que “*este déficit de socialización producido por los cambios en la escuela y en la familia no ha sido aún cubierto por los nuevos agentes de socialización. Entre los nuevos agentes de formación cultural se destacan, obviamente, los medios masivos de comunicación y, en especial, la televisión. Sin embargo, los medios masivos de comunicación no han sido diseñados como agencias encargadas de la formación moral y cultural de las personas*” (Tedesco 1996:8).

Si estamos de acuerdo con esta afirmación, entonces debemos conceder que los tipos que utilizará el hombre urbano (tanto de personas como de situaciones) estarán influenciados en gran medida por los *mass media*. Agregando a esto el hecho de que los medios no están dotados de ningún contenido formativo sistemático, es de esperarse toda una serie de efectos no deseados o emergentes: entre ellos la inseguridad ciudadana, sobre todo a causa del tratamiento *massmediático* de la violencia. Por tanto, dichos tipos y rótulos guardarán estrecha relación estructural y de contenido con los transmitidos a través de los medios masivos, a los que se les adjudica (y no lo discutiremos en lo absoluto) un tratamiento “sensacionalista” de la violencia, fruto del afán de lucro que lleva al empresariado mediático a perseguir altos niveles de *rating* en primer lugar y antes que promover contenidos formativos. Este tratamiento generaría fácilmente situaciones de pánico moral, afectando a la opinión pública y, en la explicación mediática extrema, *creando* el sentimiento de inseguridad ciudadana e incluso promoviendo la violencia de todas las partes involucradas (potenciales víctimas y victimarios). En tales sentidos, viene a colación analizar brevemente este fragmento de McAlister y Vélez (1999), que en sus estudios sobre violencia plantean que

Los *mass media* ciertamente influyen los procesos socio-cognitivos relacionados con la violencia. Para un animal de manada [*como el hombre*] hay un valor obvio de sobrevivencia en la atención rápida a los llamados de alerta de otros. Este fenómeno probablemente se encuentra detrás de la tendencia de los actos de violencia a atraer audiencias para el periodismo y el drama. Los productores televisivos y cinematográficos compitiendo por audiencias pueden estar distorsionando en forma dañina este saludable instinto. Las demostraciones de violencia, incluso cuando intentan enseñar formas de evitarla a víctimas potenciales, proveen modelos y habilidades a potenciales perpetradores. La conducta y códigos explícitamente modelados en dramas de tipo *western* (películas de vaqueros) se parecen a aquéllos que Nisbett y otros han encontrado en los sueños de los Estados Unidos más propensos a la violencia, cuya masculinidad se demuestra mediante respuestas violentas a amenazas e insultos. La violencia es una forma honorable para resolver conflictos, y el héroe debe a menudo “disparar primero y hacer preguntas después”. Traspuesto este modelo a entornos modernos, este código puede transmitir sus valores a minorías urbanas. En los Estados Unidos, las diferencias en el consumo de determinadas revistas de armas y crímenes han sido encontradas como parcialmente relacionadas a las tasas de homicidios y a un índice global de violencia legitimada, que incluye factores tales como tasas de sentenciados a la pena capital, leyes de castigo corporal e incrementos en los gastos estatales en sus unidades de la Guardia Nacional (McAlister y Vélez, 1999:317).

Este fragmento, como decíamos, no trata sólo de la creación de inseguridad ciudadana por parte de los medios sino también de la creación de violencia efectiva. Enfocado con respecto al pánico moral, vemos un interesante enfoque psicosocial en un principio y al final fuertes alusiones a evidencias empíricas con respecto a la creación de figuras delictivas, severidad en los castigos y aumento de la represión *causada*⁴ por el tratamiento de la violencia en los *mass media*.

⁴ Aquí los autores confunden a nuestro juicio los términos, habiendo encontrado una correlación y no claramente una explicación causal.

También desde el punto de vista de la socialización encontramos un principio de imitación de tipos que si bien está planteado hacia el criminal, podemos fácilmente encontrar su reverso en el que se previene de dichas actitudes.

Esta larga cita nos recuerda también a Aronson (1995:72), que plantea que "*Entre los factores sociales, la difusión de escenas de violencia en los medios de comunicación desempeña, según algunos, un papel importante no sólo por el lugar sobredimensionado que se otorga a los hechos violentos sino también por la transmisión de modelos de resolución de conflictos que se basan en el uso de violencia. Más que tener una función de drenaje de la energía agresiva, la violencia en los medios tiende a instigar el comportamiento violento, produciendo un 'efecto de imitación' en la audiencia*".

Ahora bien, es importante no referirse a la cultura de masas como mero fetiche, dentro de la cual se encuentra el hombre-masa completamente crédulo a la información que le llega desde arriba y perfectamente maleable a la manipulación (voluntaria o involuntaria) de los medios de comunicación, reconociendo la mayor complejidad del fenómeno. Según los anteriores análisis, hay evidencia empírica de la veracidad de dicha influencia con las mencionadas características (no estamos poniendo en duda la influencia de los medios sobre la opinión pública ni su fuerza como agente de socialización, sino la linealidad con que estos efectos son a menudo analizados y su supuesta causalidad directa con diversos fenómenos); no obstante esto, nos atreveremos a sostener que dicha veracidad no siempre es tan fuerte como se supone. En el texto de McAlister y Vélez, por ejemplo, encuentran en estados sureños (las investigaciones de McAlister se centran en Texas) determinadas actitudes violentas que explican mediante modelos televisivos, así como correlacionan determinadas publicaciones con grados de violencia legitimada. Ahora bien, habiendo sido y siendo Texas históricamente una de las regiones más violentas de los Estados Unidos y estar caracterizada por haber sido y ser una sociedad armada, ¿no se podrían explicar también dichos fenómenos por modelos generados en instancias socioeconómicas e históricas anteriores que aún después de cambios en las mismas (y del auge de los medios de comunicación) siguen sin haber desaparecido del todo y son las que provocan el consumo de tales publicaciones y la creación de tales normativas?

Similitudes también encontrábamos en los planteos de Aronson, quien toma a los medios como generadores de modelos a imitar y amplificadores de los fenómenos de inseguridad ciudadana. No podemos evitar encontrar también una cierta unidireccionalidad en su análisis (aunque muchísimo menor), y lo discutiremos desde uno de los generadores de inseguridad ciudadana que más enfatiza: ocurrió en España que el primer gran éxito de taquilla televisiva visto a través de todo el país y comentado largamente por la opinión pública fue un film llamado "*Llora violador*". En el mismo, una chica era violada y, al llevarlo a juicio, su violador inventaba una historia en la cual él había sido seducido por la chica. Como resultado, era dado inocente y la chica, además haber sufrido la violación, tuvo que sufrir la humillación pública y todo el periplo emocional y moralmente dañino del juicio. La opinión pública se vio fuertemente sacudida, y se comentó acerca de la gran injusticia de lo que ocurre en el relato y lo realista de la historia. Al mismo tiempo, en la semana posterior a la puesta al aire del film las denuncias de violaciones cayeron de forma importante. Aronson atribuye dicho fenómeno al temor de las víctimas para denunciar a sus victimarios (es decir, a la inseguridad generada desde los medios) y a su vez que tal película dotó a éstos infractores de modelos y de sensación de impunidad.

No diremos que no puede haber mucho de cierto en estas afirmaciones; sin embargo, las consideramos un tanto especulativas, y les opondremos una especulación: ¿qué pasaría si en vez de observar las decisiones que toma la víctima observamos las del victimario? Partiendo del hecho de que hay una premeditación mucho mayor en el violador de lo que parece a simple vista (de hecho las violaciones callejeras son muy extrañas, siendo más común que la víctima sea alguien conocido y observado durante algún tiempo), podríamos suponer que estratégicamente el peor momento para cometer tal delito es aquel en que todo el mundo habla del mismo y está predispuesto a suponer que el acusado miente; así, sería interesante ver no sólo la variación en la cantidad absoluta de denuncias sino también en la cantidad relativa de sentenciados. No resultaría descabellado suponer entonces que las denuncias no bajaron sólo por el temor de las víctimas sino que también por que la *cantidad* de violaciones bajó a causa del temor del victimario. De

nuevo: no negamos la influencia de los *mass media* sobre los fenómenos de seguridad ciudadana sino que hacemos hincapié en la dinámica en como esto ocurre. En este ejemplo de todas formas parece claro el incremento en el temor, pero incluso esto podría ser dudable: ¿no podría acaso surgir una toma de conciencia sobre el problema y un abordaje más racional y abierto al mismo? De suceder, generaría seguridad a nivel de las víctimas y la sociedad civil; por otra parte, los potenciales victimarios no tienen por qué sentirse particularmente perseguidos: pueden esperar a que pase la tormenta para proceder con sus delitos.

Sintetizando estas especulaciones, a lo que queremos llegar es a que:

- a) las interpretaciones de un mensaje, o peor aún, una combinación aleatoria de mensajes recibida por un receptor y reconstruida grupalmente pueden ser múltiples y heterogéneas, por lo que los análisis que suponen un impacto homogéneo parecen falaces; y
- b) que los medios de comunicación no son una parte independiente de la cultura en la que se hallan inmersos; no la definen desde afuera, sino que son una parte integral de la misma y su separación sólo es válida del punto de vista analítico. La relación medios-sociedad es entonces, si mantenemos la distinción analítica, de ida y vuelta y no de una verticalidad satánica; los medios, víctimas y victimarios del consumidor, si bien pueden intentar sugerirle a este último qué desear, en última instancia siempre le darán lo que ya desea.

Desde este punto de vista, que los medios exhiban sistemáticamente escenas de violencia amarillista no es la respuesta al problema de la inseguridad, es más bien una pregunta: *¿por qué se consume esta violencia?* O, mejor aún, *¿por qué muestra cultura contemporánea (de la que los medios son carne y sangre) está caracterizada por la inseguridad?* Llevadas las cosas a este punto, el rol de los medios de comunicación no desaparece: en vez de imponer una realidad, sostenemos que proporcionan, a través de la imagen y el sonido, articuladores discursivos idóneos para reafirmar y “demostrar” en la interacción cotidiana una inseguridad en la que ya se cree.

Más adelante cuestionaremos también la tendencia a calificar fácilmente de *pánico* a los fenómenos de temor colectivo; al tachar al actor de irracional se fetichiza y simplifica su accionar, ocultando las posibles razones profundas que lo promueven.

3.2 Definición adoptada de seguridad ciudadana y consecuencias de la misma

En el mismo trabajo que hoy mencionamos, Gonzalo Fernández (1995:10) también sostuvo que *“el concepto de seguridad ciudadana concierne a una razonable expectativa de preservar los valores más estimables para el hombre, como la vida, la libertad personal, la indemnidad corporal, la integridad sexual, el pudor o el derecho de propiedad (...). La seguridad ciudadana se anuda en sí en torno a un cúmulo de expectativas, que son la fuente productora de confianza en el seno del grupo social, donde el derecho simboliza un sistema de seguridad”*. A nuestro juicio, lo más interesante de esta definición, cosa que no encontró tanto eco en el debate sobre la materia, fue el haber desligado conceptualmente al núcleo subjetivo de la seguridad ciudadana de la delincuencia en sí misma; otro aspecto como vemos de interés es el haberla relacionado con un *sistema de seguridad*, subrayando la necesidad social de controlar riesgos, brindando mínimos que permitan a su vez la existencia de mínimas *expectativas* de mantener un estilo de vida.

Juguemos ahora con estas ideas, empujándolas a sus últimas consecuencias lógicas. Si la seguridad ciudadana se anuda en torno a un cúmulo de expectativas de preservación de los valores *“más estimables”*, y recién en segundo lugar estos serían dañados o, mejor dicho, amenazados, entonces debemos conceder que la delincuencia es sólo una de esas amenazas – quizá la más evidente, indiscutible y reproducible de todas. De esta forma, si somos consecuentes

con esta definición, por una parte, la inseguridad ciudadana sería la percepción de estas amenazas en cuanto reales y probables, y la expectativa o temor de que los valores mencionados se vean lesionados que resulta lógicamente de ésta. Y, por otra parte, existiría un cierto simplismo en reducir la inseguridad ciudadana a la delincuencia y a lo sumo la violencia “anómica” urbana.

No en vano, muchas definiciones intentan englobar otros fenómenos dentro del concepto de seguridad ciudadana, como los accidentes de tráfico. Más sobre nuestra línea, la seguridad ciudadana según autores como Arriagada y Godoy “*de manera amplia, se define como la preocupación por la calidad de vida y la dignidad humana en términos de libertad, acceso al mercado y oportunidades sociales*” (Arriagada y Godoy, 2000:108). Ciertamente es que también podríamos criticar estas definiciones (muy comunes, por cierto) por considerarlas prácticamente una definición de la *seguridad* a secas, *general*, donde “ciudadana” es prácticamente sinónimo de “social”, con casi la sola ventaja de evitar su asociación conceptual con el fenómeno histórico concreto de las políticas tradicionales de bienestar social. Pero esto es para nosotros una virtud, puesto que supondremos la existencia de niveles permanentes, pero variables en su intensidad, de inseguridad social “general” de la cual la inseguridad ciudadana es una expresión (al igual que podrían serlo otros fenómenos que también formarían parte de la misma).

Esta inseguridad a su vez sería fruto de la tensión estructural causada por el cambio social acelerado y el riesgo e incertidumbre crecientes, sobre todo pero no solamente a nivel de la estructura ocupacional (y proceso de división social del trabajo) y de las redes y formas de capital social, estatales o no – incluyendo aquí el debilitamiento de la seguridad social y sobre todo los procesos de flexibilización laboral que, dicho toscamente, quitan riesgo al capital y lo traspasan al trabajador. También nos importa la paulatina desintegración del modelo familiar tradicional como núcleo de *protección* y capital social por una parte, y como núcleo de *proyección y realización personal* por otra (ahora mirándola del punto de vista de los valores y metas imperantes en la sociedad).

El resultado de estos largos procesos de cambio e incertidumbre es que grandes contingentes de individuos ven puesta a prueba su capacidad de adaptación, sufriendo variados niveles de tensión emocional; tensión que como decíamos encontraría mecanismos simbólicos colectivos más o menos idóneos para su expresión y canalización⁵ y más o menos relacionados con estructuras de riesgos *reales*. Sostenemos que la (in)seguridad ciudadana solamente es uno de los cuerpos simbólicos más claros e históricamente reiterativos de este tipo.

3.3 Inconsistencia de status, riesgo y globalización

a) Las teorías de la inconsistencia de status y la disonancia cognitiva

En uno de sus más conocidos y agudos estudios sobre el subdesarrollo, Carlos Filgueira (1983), en crítica hacia los modelos lineales de explicación de la transición demográfica en cuanto etapas de un proceso de modernización estándar (y, en definitiva, en crítica hacia esa última idea), logró demostrar que la caída de la tasa de fecundidad en por lo menos varios países en desarrollo era explicable a través de un modelo que similar al que nosotros emplearemos y que servirá para nutrir a este último. La hipótesis central defendida en ese trabajo es que a medida que aumenta la inconsistencia de status subrecompensada (ingresos menores que educación), se

⁵ La literatura funcionalista ha dado ejemplos teóricos de desvío y canalización de tensiones estructurales de diverso tipo, con cuya mayoría no necesariamente coincidimos. Tal es el caso de Lewis Coser (1961), que en su Teoría del Conflicto habla de válvulas de escape de la tensión, que liberan de forma bastante <<sana>> las tensiones estructurales. Este no es en lo absoluto nuestro enfoque; si bien somos tributarios de las teorías sistémicas y estructurales de la acción social, nuestra teoría habla de problemas y déficits de integración social, considerando además que este tipo de dinámicas afectan la eficiencia sistémica reduciendo la confianza interpersonal, la calidad de vida y posiblemente la performance social de los sujetos y, más grave aún, haciendo esto en forma desigual a lo largo de la estructura social, perjudicando las posibilidades de movilidad social ascendente y empeorando la distribución del bienestar al someter a los sujetos a cargas diferenciales de riesgo e incertidumbre (incluso ideológicamente negadas dentro del sistema de explotación capitalista) que se expresan en costos emocionales. Asimismo, este tipo de dinámicas claman también cuantiosas víctimas en términos de estigmatización social, escaladas represivas y fenómenos políticos autoritarios.

reduce la tasa de fecundidad como mecanismo reducción de la inconsistencia⁶.

Explicemos esto mejor; de acuerdo a Filgueira y las tradiciones sociológicas que continua (Lenski, 1954), la sociedad define en forma más o menos consensual un cierto equilibrio entre los factores que conforman el status social de los individuos. De esta forma, si para un nivel educacional dado se considera adecuado un cierto nivel de ingreso, el status de un sujeto es consistente en la misma medida en que no se aparte de los rangos considerados socialmente "normales" y legítimos para esas variables en esa posición de la estructura ocupacional. Siguiendo a estos teóricos, es esperable que la incapacidad por parte del individuo de lograr la correspondencia entre las dimensiones clave del status se transforme en un foco de tensión y conflicto. El mecanismo psicosocial que subyace a esta *inconsistencia del status social* es el de la *disonancia cognitiva*, teoría simple y empíricamente robusta fundada por el psicólogo social experimental norteamericano León Festinger (Filgueira, 1983:32⁷).

A lo largo de sus experimentos, Festinger (1959) creyó haber demostrado que la falta de coherencia entre dos cogniciones produce una angustia en el sujeto comparable a la de la sed o el hambre, sintiéndose compelido a compatibilizar ambas cogniciones (reafirmando una, anulando otra o cambiando la situación objetiva que provoca la cognición disonante) con mayor fuerza cuanto más fuertemente arraigada esté la cognición. Por supuesto, en casos extremos un cuadro de disonancia cognitiva puede implicar altos niveles de stress y depresión e incluir reafirmaciones fanáticas o creencias puramente ficticias. Así, la inconsistencia de status es en términos individuales la disonancia entre las cogniciones que rodean al status social. Por ejemplo, la conjunción de las cogniciones de que, por una parte, se es abogado y por otra, que los abogados son hombres respetados de altos ingresos, y al mismo tiempo se es desempleado desde hace más de un año acarrea disonancia cognitiva y por tanto sentimientos de angustia mientras ésta se mantenga. En este punto, cada sujeto se sentirá compelido a resolver la disonancia de la mejor manera que logre encontrar (material o mentalmente) y de forma más imperativa cuanto más fuertemente internalizadas estén las cogniciones. El sujeto puede así concluir que es un mal abogado o bien que la abogacía no es un buen camino de vida, que el colegio de abogados es corrupto o sencillamente que el mundo entero se arrastra hacia la corrupción -pudiendo por supuesto conseguir trabajo como abogado antes de esto, cambiando la situación objetiva que sustenta la cognición disonante. En todos los casos, se trata de un proceso de múltiples ajustes y que puede implicar niveles de stress casi permanentes en la misma medida en que no se logre compatibilizar satisfactoriamente las cogniciones.

Por supuesto, de nada valdría sociológicamente la situación de individuos inconexos en situación de status incongruente (por "caprichos" personales), pero Filgueira sostiene que *"cuando esta falta de congruencia obedece a razones estructurales e involucra grupos de individuos en la misma posición, es esperable que las consecuencias del desajuste puedan orientarse en términos societales."* Y más adelante que *"los individuos sometidos a la tensión entre aspiraciones y satisfacción pueden adoptar respuestas comportamentales de diferente tipo, si se quiere, como forma de 'adaptaciones psicológicas'".* La bibliografía correspondiente a estas tradiciones da de hecho muchos ejemplos de estas adaptaciones, como la propensión a la emigración y el aislamiento (Filgueira, 1983:32-36).

En particular, Lenski (1954), autor fundacional de la teoría de la inconsistencia del status social (en realidad en su formulación *crystalización* del status social) la asocia al radicalismo político, mientras que en forma similar Goffman (1957) lo hace a las preferencias por cambios en la distribución del poder. Jackson (1962) y Hornung (1977) lo hacen con los síntomas de stress,

⁶ El texto diferencia con claridad en realidad dos niveles interrelacionados; el nivel individual y el de la estructura (Filgueira, 1983:37-38); *"A mayor crecimiento de la tensión estructural, mayor decrecimiento de la tasa bruta de natalidad"* (Filgueira, 1983:64)

⁷ En su trabajo, Filgueira no se detuvo particularmente en los detalles teóricos de la disonancia cognitiva, contentándose con mencionar que es el *mecanismo subyacente a la inconsistencia de status* (Filgueira, 1983:32) refiriendo al acuerdo teórico-empírico de las corrientes estadounidenses en cuestión; nuestra investigación exige no obstante detenernos más en este mecanismo.

mientras que Kleiner, Park y Taylor (Sampson, 1966) la asocian directamente a una mayor prevalencia de enfermedades mentales, reduciendo “*la inconsistencia de status mediante una huida hacia la fantasía y la enfermedad*” (Sampson, 1966:7), que en una versión atemperada se puede reducir a la creencia justificada o no en un futuro mejor. Por último, como caso extremo de fanatismo microclimático, uno de los más famosos estudios de Festinger (1964) utiliza la disonancia cognitiva para explicar la dramática espiral de fanatismo de una secta que esperaba la llegada de un OVNI.

Ahora bien, como dijimos al comienzo la discusión del texto de Filgueira era en definitiva una discusión sobre el desarrollo. En su versión y, sobre todo, acotación centro-periferia del problema, Filgueira postula que pasada la posguerra surge el fenómeno de la expansión mundial del valor “*desarrollo*”, el cual “*constituye el núcleo de valores y metas <<internacionalmente legitimadas>>*” que a su vez pautan las aspiraciones de desarrollo. (Filgueira, 1983:35-36).

De esta forma, el modelo en cuestión no evalúa la sociedad “*de acuerdo a criterios objetivos sino que deriva del análisis de los valores y metas que penetran la sociedad (...) dentro de un sistema internacional que tiende a cristalizar ciertos valores y metas*”; la modernización como proceso refiere en cierta forma a la “*socialización*” a esta cultura internacional. A su vez, por una parte el cambio social en general y en particular la “*expansión diferencial de los órdenes institucionales*” donde los factores que estimulan y legitiman las aspiraciones (principalmente los sistemas educativos y el avance de la urbanización como variable dura resumen) son los que presentan la mayor velocidad de crecimiento; por otra parte, se observa el rezago del nivel de ingresos y de la estructura ocupacional en general. El resultado de estas contradicciones en los países en desarrollo es la de una proliferación de configuraciones de status de naturaleza inconsistente (Filgueira, 1983:28-36).

Sobre estas bases, Filgueira operacionaliza y articula esta teoría explicando la variación de la fecundidad a través de la inconsistencia de status sobre todo en términos de la concordancia entre el nivel de ingreso y el nivel educativo, contrastando sistemáticamente sus hipótesis con datos estadísticos. Las variables a nivel estadístico no sólo se comportan con arreglo al modelo, sino que permiten aún mayor acotación de lo que hasta aquí hemos sostenido:

Las configuraciones de status [*particulares*] y no meramente el grado de inconsistencia son por lo tanto causas del descenso de la fecundidad. En la medida en que el cambio societal sigue las líneas de la modernización que se adelanta al desarrollo provocando la proliferación de configuraciones de status inconsistentes de carácter subrecompensado [nivel educativo mayor que el nivel de ingreso], la estructura social tiende a generar un grado de tensión a nivel individual que se manifiesta en aspiraciones que no pueden ser satisfechas. Esta tensión afecta múltiples aspectos del comportamiento y entre ellos tiende a reducir el número de hijos. (...) De esta forma, la analogía de la ‘capilaridad social’ se aplica ciertamente a esta situación: para mejorar la posición que se ocupa en la estructura social es necesario reducir el número de hijos o por lo menos, es más probable ascender cuanto menos hijos se tengan (Filgueira, 1983:75-76).

De esta forma, el mecanismo de adaptación opera sobre todo cuando los ingresos están por debajo de las metas y aspiraciones pautadas por la educación⁸, y en términos de disonancia cognitiva podríamos sostener que muchos sujetos recuperan equilibrio reduciendo la importancia otorgada al tener hijos (lo que ciertamente puede no ser enteramente satisfactorio), cambiando así su situación económica objetiva *a futuro*, e incrementando las posibilidades de cumplir los demás

⁸ Filgueira clara (y estadísticamente) señala que las aspiraciones generadas por la educación no son en sí las que reducen la fecundidad, sino que las que lo hacen son las aspiraciones que a su vez. “*no pueden ser satisfechas en virtud de la rigidez de los ingresos, o por barreras estructurales a la movilidad ascendente de la dimensión del ‘desarrollo’.*” (Filgueira, 1983:84)

objetivos personales. Esta operación puede ser expresada también en términos casi económico-marginalistas; de hecho, Filgueira cita a su vez a Errázuriz en este sentido, sosteniendo que “*la probabilidad de que una pareja inicie un comportamiento de control aumenta considerablemente cuando un hijo adicional convierte en negativa la relación entre recursos familiares y costo de vida más aspiraciones*” (Filgueira, 1983:36).

Esperamos haber tenido éxito en dejar más o menos claro el modelo global seguido por Filgueira. Ahora nos interesa otro ejercicio: plantear que al menos teóricamente no parece imposible desarrollar este mismo modelo sin modificaciones ni agregados pero para explicar el temor ciudadano; aún más, como parte del mismo modelo teórico general. Este modelo no será nuestro modelo final – lo criticaremos y ampliaremos, pero por ahora sigamos en esta línea. Ya hemos citado como el mismo Filgueira sostiene que en los países subdesarrollados, a través de esta proliferación de status inconsistentes, *la estructura social tiende a generar un grado de tensión a nivel individual que se manifiesta en aspiraciones que no pueden ser satisfechas*, y además, que *esta tensión afecta múltiples aspectos del comportamiento*. La tendencia a reducir el número de hijos es solamente uno de estos varios potenciales (y potencialmente desconocidos) efectos.

Hemos mencionado también teorías e hipótesis que adjudican otros efectos al mismo mecanismo, como el radicalismo político, la propensión a cambiar el sistema, la propensión a emigrar y el stress. Lo más interesante de esta breve lista es que no vemos nada parecido a un “stress” colectivo: la acción colectiva en pro de cambiar el sistema vigente, si bien pueda parecer una desviación negativa desde un funcionalismo conservador, nos parece una comunidad de interés incluso bastante racional con arreglo a fines considerando la situación de los “inconsistentes”⁹; por otra parte, la propensión a migrar representa también un cambio de las condiciones objetivas individuales semejante a la reducción prácticamente optimizadora-económica del número de hijos. Estos dos casos, además, se transforman en un problema demográfico estructural casi exclusivamente como una externalidad fruto de las consecuencias colectivas no deseadas de la acción individual; en forma alguna están mediados de manera importante por la interacción entre sujetos más allá de una estructura económica y de valores culturales ya dada y pretérita en el modelo.

Ahora bien: ¿qué sucedería si el temor ciudadano operara como un mecanismo simbólico colectivo para reducir la disonancia cognitiva con independencia relativa de la peligrosidad real? Bajo esta hipótesis, los sujetos en situación de status inconsistente (que proliferarían en el Uruguay subdesarrollado) sufrirían un mayor temor, o al menos una peor percepción de la situación de peligrosidad, en cuanto “chivo expiatorio” útil para descargar su stress, reduciendo su disonancia en forma posiblemente poco satisfactoria – incluso mantendremos por ahora la idea de “*irracional*”, ambas ideas que relativizaremos y profundizaremos grandemente sobre todo en el próximo apartado. Ahora procederemos a discutir críticamente esta hipótesis y estas teorías, agregando un par de categorías para llegar finalmente a nuestro modelo.

b) Normalidad y equilibrio contra cambio y riesgo

El mayor problema teórico que vemos detrás de la teoría la incongruencia del status social es el de la noción normalidad subyacente a ella (y a la teoría del rol y el status con la cual mantiene íntima relación, en forma a veces más explícita y a veces menos). Así, en su famoso

⁹ Asimismo, considerando el problema como relativamente acotado a una situación puntual en la estratificación social, el rechazo generalizado al sistema sería explicable como forma de reducción de la disonancia en cuanto reafirmación (o más bien negación) irracional. Pero este camino es peligroso, sobre todo en lo que hace evaluar la falta de claridad del actor: el hecho de reducir la disonancia de una forma u otra no vuelve más “verdadera” o legítima ni la primera ni la segunda versión del mundo; de hecho, aquellos en situación consonante, satisfechos y equilibrados en su situación, tenderán a ver las cosas en forma optimista en la misma medida en que los segundos lo hacen de forma pesimista. Así es que no nos parece válido tachar de “irracional” una opción o visión político-cultural; el mismo término “irracionalidad” no nos parece del todo adecuado para ningún tipo de reducción de la disonancia cognitiva, que podríamos describir como una teoría de economía psicológica.

trabajo, Lenski (1954) toma cuatro dimensiones del status social (ocupación, ingreso, educación y etnia) y sostiene que el status está altamente “cristalizado” cuando las dimensiones se combinan acorde a lo normal, y los sujetos cuyo status está bajamente cristalizado presentan actitudes desviadas a explicables mediante el modelo, en particular la propensión al cambio social como expresión de su frustración (de hecho, si su status se cristaliza finalmente entonces estos deseos desaparecerían¹⁰): lo que no queremos compartir necesariamente es la idea de que el status es como un molde preestablecido que puede a su vez cuajar mal.

Sampson (1966), en su revisión teórica de las diversas acumulaciones de estas tradiciones, intenta llegar a una teoría de “incongruencia de expectativas” como sintética de todos estos desarrollos (en particular inconsistencia de status, disonancia cognitiva y conflicto de rol) o, mejor dicho, como principio general del cual todas estas teorías empiristas e interrelacionadas serían expresiones particulares. En ese recorrido muestra como casi una decena de autores coinciden en que esta inconsistencia, o bien en menos casos directamente el desfase entre aspiraciones y logros, es “*indeseable, y que hay tendencias hacia el desarrollo de status congruentes dentro de [un] grupo*”. Además, “*la congruencia es el estado deseado, placentero, no disruptivo, tanto para el individuo, como para el grupo del cual él es miembro*” (Sampson, 1966:6); de hecho, los sujetos incongruentes muestran falta de confianza y conductas disruptivas y dañinas a su grupo, y a su vez aquellos grupos con una cantidad alta de sujetos incongruentes manifiestan baja cohesividad y capacidad de producción. Sobre esta base, Sampson explica la tendencia al equilibrio, congruencia o cristalización del status desde un esquema de presiones interpersonales (además del problema puramente interno del individuo): “*Tanto P como O encuentran la incongruencia indeseable y frustrante en lo que se impide su necesaria coordinación e interacción. Con incongruencia, el mundo está desorganizado y es difícil luchar contra él. Así, tanto P como O buscan lograr y mantener una posición de status congruente (...) Situar a uno mismo y a otros dentro de posiciones de status significa ordenar el medio social para facilitar la interacción ordenada. Luego, tanto esfuerzo intrapersonal como interpersonal son dirigidos hacia una (...) estructura de status congruente*” (Sampson, 1966:18); de hecho, este orden es además necesario para el desarrollo individual y social.

Desde esta síntesis, quizá simplicadora, podemos sostener que este tipo de planteos se condenaron al análisis de pequeños grupos, o bien encuentran problemas para el análisis de la sociedad en su conjunto, en cuanto la inconsistencia aparece en cierta medida patologizada y anormal o similar en definitiva a la idea de desviación en el funcionalismo con el cual están claramente vinculados como tradición¹¹. De hecho, con incongruencia el mundo estaría desorganizado.

El ejemplo de aplicación de estas teorías que describimos en profundidad, el de la investigación de Carlos Filgueira, fue elegido por varios motivos. Además de ser un estudio en varios puntos análogo e inspirador del nuestro, nos importa que logra articular estos conceptos de una forma que permite construir una teoría explicativa de un fenómeno sumamente macro y estructural como la transición demográfica. Nuestra crítica consiste en que este autor logra esto a costo de sostener que las sociedades que estudia en cierta forma *no son normales*. De hecho, su trabajo termina constituyendo una versión muy refinada (y empíricamente contundente) del efecto de imitación, donde la proliferación de status inconsistentes es fruto del mundo subdesarrollado que absorbe valores (y expectativas) más allá de su capacidad económica de realización, mientras que el mundo desarrollado no sufriría esta proliferación (como ya citamos, el problema en el tercer mundo es que “*el cambio societal sigue las líneas de la modernización que se adelanta al desarrollo*”)(Filgueira, 1983:75).

¹⁰ En Lenski el problema no es aún el de la disonancia cognitiva sino el del nivel de cristalización del status; luego se asociarán en la corriente psicosociológica. Por su parte, también se le llama teoría de la cristalización del status (nombre más antiguo), de congruencia del status y del equilibrio de status a la teoría de la inconsistencia del status social.

¹¹ Si bien justamente prefieren un enfoque mucho más empirista, alejándose de la especulación teórica criticando su tendencia teleológica y autoreferencial. El costo a pagar a menudo es el de no ser enteramente consciente de los propios supuestos teóricos).

Vale aclarar que compartimos en cierta medida todos estos planteos y que indudablemente este problema del subdesarrollo sobredetermina nuestra teoría. Pero también debemos aclarar que esto generaría un grave problema si mantuviéramos nuestra hipótesis exactamente igual a la de Filgueira, dado que de hecho por ejemplo Estados Unidos es un país desarrollado donde el fenómeno de la seguridad ciudadana (y otros temores) está francamente presente y suena poco probable que las lógicas de un lugar y otro fueran completamente distintas (aunque tengan no pocas especificidades que las separan).

Intentaremos pulir más el planteo, proponiendo cambios y el uso de la noción de riesgo y otras categorías.

3.4 Síntesis: nuestra propuesta de teoría de determinación estructural del temor ciudadano

Es esencial concentrarnos en actores que actúan con capacidad de planificación estratégica, es decir, cuyas aspiraciones no están pautadas sólo por la situación en la que se encuentran, sino por su evaluación de sus chances futuras. Así, como señala Beck (1986), "*el riesgo reside en la **proyección de amenazas para el futuro**. Son, en este sentido, riesgos que allí donde hacen acto de aparición causan destrucciones de una medida tal que actuar después de ellas se vuelve prácticamente imposible, y que por tanto poseen y despliegan una relevancia para la actuación ya como conjeturas, como amenazas para el futuro, como prognosis preventivas. El centro de la conciencia del riesgo no reside en el presente, sino **en el futuro**.*" (Beck, 1986:39-40). Dos grandes implicaciones tiene esto para nuestro planteo: en primer lugar, resulta claro que es posible pensar en la delincuencia como un riesgo permanente y difícil de evaluar para un sujeto particular (la rapiña con resultado de muerte es el caso más claro de esto); en segundo lugar, que la acumulación de distintos riesgos dará lugar a situaciones más inestables, que redundan en un nivel de amenaza general para el sujeto (y donde en definitiva todos los riesgos, al potenciarse entre sí, conforman en cierta forma una unidad). Así, en el esquema valores-metas que recién resumimos, los riesgos impactan con independencia relativa de que por ejemplo el status de un sujeto particular sea consistente, gravitando en su vivencia del presente y consecuentemente en la orientación de su accionar¹².

Conceptualicemos ahora la inseguridad como un proceso social con tres componentes principales, los que a su vez involucran supuestos teóricos:

a) En primer lugar, existen **valores** con arreglo a los cuales los sujetos desean vivir, o bien, incorporando una dimensión proyectiva de la acción en cuanto dotada de sentido, *valores que estos sujetos esperan alcanzar o mantener*, por lo que es menester agregar la idea de **metas** a la de los **valores**. Estos valores englobarían también **hábitos** y aspiraciones cotidianas, ya de niveles de consumo y niveles de vida, ya de cultivo personal. Y, por supuesto, existen mínimas **necesidades** que de no ser de satisfechas comprometen la misma existencia del sujeto como entidad psicofísica. De aquí en más resumiremos todos estos elementos bajo el rótulo de **aspiraciones de realización personal**, que serán en definitiva las que guíen el accionar de los sujetos.

Detrás de esta concepción está la idea de un proceso de socialización a través del cual estas aspiraciones son internalizadas, lo que vuelve a la variable temporal de particular relevancia considerando que las estructuras socioeconómicas en las que los individuos se desarrollarán sufren cambios de cada vez mayor importancia (dado el veloz avance tecnoeconómico y cultural del capitalismo) a lo largo de sus vidas e intergeneracionalmente, lo que implica una exigencia permanente en

¹² No obstante, la situación de zozobra permanente de aquel cuyas aspiraciones están por debajo de sus posibilidades materiales es en cierta medida una situación de riesgo; por lo tanto, esta relativización se acumula al problema de la inconsistencia, debilitando la consistencia aparente de algunos status sociales.

términos de capacidad de adaptación¹³.

b) Por otra parte, existen además *riesgos reales o al menos percibidos y evaluados como tales* que amenazan la consecución o preservación de estas aspiraciones, y como contrapartida más tradicional en la acumulación sociológica, existen también *medios subjetivamente evaluados como tales* a los efectos de alcanzar o satisfacer estos fines, hábitos y valores. Resumiremos este componente como **chances de realización personal**.

Nuestra concepción hace acuerdo con Max Weber (1978) en su defensa del uso sociológico del tipo ideal de acción racional con arreglo a valores o fines; es decir, que es posible intentar comprender el actuar de los sujetos en función de cómo intentan adecuar sus medios a sus objetivos en un accionar pleno de sentido. También hacemos referencia a las nuevas teorías del riesgo sostenidas sobre todo por Luhman (1992) y Beck (1986), operando en particular sobre estos cálculos individuales. Vale mencionar que, no obstante la novedad de estas teorías, Weber (1978) de hecho formuló el concepto, muy similar al nuestro, de oportunidades de vida ya en Economía y Sociedad como elemento clave de la estratificación social.

c) Finalmente, es válida la creencia en la existencia de sistemas sociales cuya delimitación, niveles y subsistemas han demostrado ser de difícil definición en las distintas tradiciones que han intentado dar cuenta de ellos. Estos pueden estar más o menos integrados en cuanto a su capacidad para contener material y emocionalmente a los individuos que participan de ellos, y suponemos que mayor integración social implicaría menores riesgos y una distribución más igualitaria de éstos y sobre todo menores tensiones a nivel individual - la tensión individual puede ser vista entonces como hecho social, como Emile Durkheim (1928) señalara con agudeza en El Suicidio.

Propondremos además que existen (sub)sistemas e instituciones sociales¹⁴ que brindan seguridad, proveyendo de medios y controlando riesgos, así como otros que traen aparejados riesgos. De nuestros tres componentes, éste es el más contradictorio, dado que casi todo sistema brinda ambas cosas (el mercado es indudablemente el ejemplo más claro de este problema paradójico y característico de la modernidad). Asimismo, la sola retracción de un sistema proveedor de seguridad implica la (re)aparición de riesgos. Sintetizando, llamaremos a este componente **entropía del entorno social**, en cuanto representa energía, oportunidades y peligros para el sujeto fruto de un juego de fuerzas más amplio que él mismo y de difícil aprehensión.

Desarrollada sobre la base de estos componentes, **la primer hipótesis de nuestro trabajo es que cuanto mayor sea la brecha que un sujeto perciba entre la evaluación subjetiva de sus chances de realización por una parte, y las aspiraciones personales que motivan su acción vital por otra, mayor será su inseguridad en términos generales y, en consecuencia, su temor a la delincuencia como parte o canalización de esa inseguridad.**

Esta, además, estaría también relacionada a otros fenómenos similares a los descritos por las teorías psicosociales de incongruencia de status, expectativas y cogniciones, que como señalamos intentaron explicar (con robustos niveles de contrastación empírica) fenómenos como la caída de la fecundidad, la propensión a migrar, el radicalismo político e incluso el fanatismo

13 Estamos suponiendo consensual a lo largo de las diversas tradiciones sociológicas la idea de que, si bien la socialización es un proceso permanente a lo largo de la vida del sujeto, existen fases o etapas particulares del proceso, donde lo que se aprende en las primeras sirve de fundamento a las siguientes y es consecuentemente más difícil de cambiar. Ergo, la resistencia al cambio y dificultad de aprendizaje y adaptación de los más viejos los vuelve más susceptibles a nuestra dinámica.

14 En el sentido amplio que incluye por ejemplo a la familia en cuanto institución social.

sectorio, así como cuadros de stress, depresión y enfermedades mentales, a través del desajuste entre expectativas y realizaciones, proponiendo una gama de soluciones individuales y grupales al desfase que van desde el cambio de las condiciones objetivas de vida al delirio y las *fugas hacia delante* (la creencia fundada o no en que se llegará a un “lugar” mejor).

Propondremos que en función de la eficiencia o ineficiencia por parte de la sociedad y sus distintos proveedores de seguridad (desde el Estado a las redes sociales) a la hora de proveer garantías a los sujetos, obtendremos diversos niveles de inseguridad social como expresión estructural del problema anterior (al afectar a grandes contingentes de sujetos); en suma, **nuestra segunda hipótesis es que las variaciones en el nivel de *entropía del entorno social* implican variaciones en los niveles de inseguridad de los individuos, y que en distintas instancias históricas y sociales se encontrarán distintos *vehículos* simbólicos colectivos y expresiones para la misma – el temor a la delincuencia, justificado o no, es uno de éstos.** Llamaremos entonces “*vehículo*” a todo cuerpo simbólico capaz de articular colectivamente esta tensión; éstos no tienen porqué ser temores, pueden por ejemplo ser *fugas hacia delante* (fundadas o no), como la idea de que en Europa espera una vida mejor, u otros.

Así, si el derecho (y por supuesto, el Estado que lo respalda) representaba según Fernández un sistema de seguridad como mínimo contra el delito, desde una definición más amplia (o la misma empujada a sus últimas consecuencias) deberíamos esperar que también brinde protección contra otros riesgos, como por ejemplo riesgos laborales o incluso contra la pérdida o falta de lazos familiares y el capital social que éstos representan. De hecho, de acuerdo a Esping-Andersen (2001:202) “*los sistemas de protección social reflejan las concepciones predominantes sobre los riesgos sociales*” y ya es hora de diseñar las políticas sociales con arreglo a la “*emergente estructura de riesgo de la sociedad postindustrial*” – o en nuestro caso, la estructura de riesgos de un país de servicios subdesarrollado. Lo cierto es que los distintos niveles de garantías sociales brindadas por los distintos modelos de prestación de servicios estatales (desde los modelos liberales a los de bienestar), delimitan capas hasta donde se aplica el control de riesgos y se proveen medios; o sea, grados de *entropía del entorno*.¹⁵

Los sistemas caracterizados por una entropía alta, o sea las economías liberales, suponen estar asociados a altos niveles de crecimiento económico; su volatilidad y libertad de flujo del capital favorecería según sus defensores a la innovación, la productividad y la movilidad social, abriendo la puerta a “*success stories*” individuales. El premio para toda la sociedad es el crecimiento del producto, o sea, del ingreso. Sin negar nada de esto, nuestra teoría pondría en duda la validez de reducir el bienestar individual a indicadores económicos sin la presencia de indicadores de bienestar psicológico de la población, sujeta en el extremo liberal al estrés de la adaptación psicológica y económico-laboral permanente. Lejos de contentarnos con plantear el problema, sostenemos que este bienestar psicológico también es medible, al menos por la negativa (en cuanto “malestar”), a través de distintos indicadores de temor, donde el temor ciudadano es el que con seguridad cuenta con los mejores sistemas de medición por la vía de los distintos programas y encuestas de seguridad ciudadana existentes alrededor del mundo.

¹⁵ Aquí es interesante como Morás (1992), al analizar los discursos en torno a los modelos de control de menores infractores a lo largo del siglo XX (su trabajo analiza discursos parlamentarios y de la prensa) y de la estigmatización que sufren, encuentra que la “*aparición pública de ‘auges delictivos’ con especial énfasis en las conductas transgresoras de jóvenes tienen que ver con crisis estructurales del Estado y su creciente incapacidad de satisfacer demandas*” (Morás, 1992:14). Esto es empíricamente significativo para nuestra teoría, en cuanto leído desde ella puede ser tomado como indicador de que la contracción de los sistemas de seguridad incrementa el temor ciudadano.

4-EVIDENCIA EMPÍRICA Y CONTEXTUALIZACIÓN CONCRETA DE NUESTRA TEORÍA PARA EL CASO URUGUAYO

4.1 Sobre los datos empleados y su manejo

Todos los datos que utilizaremos en esta sección nos fueron proporcionados por el Programa de Seguridad Ciudadana del Ministerio del Interior, y son fruto de los sondeos de opinión pública realizados en junio de 1999, diciembre de 1999, julio de 2000, diciembre de 2001 y agosto del 2004; todos ellos realizados sobre muestras estadísticamente representativas de Montevideo y Canelones. No conocemos detalles técnicos de las mismas, como por ejemplo el margen de error o algunos detalles sobre los formularios, y hemos trabajado haciendo peligroso caso omiso de ellos.

Trabajamos realizando procesos estadísticos propios sobre los microdatos sólo de los años 1999 (diciembre), 2000 y 2001 y en menor medida 2002; no pudimos utilizar las demás bases por problemas de acceso a ellas (2004 y primera base de 1999). La base 2002 tuvo un uso reducido por no poder seguir varias de las series de datos (debido a problemas presupuestales del programa, esta encuesta manejó una batería mucho más reducida de preguntas que las anteriores).

En los casos en que aparecen datos para todos los años (en particular en el primer y último apartado) no son procesos propios sino que nos fueron brindados ya procesados por el Programa de Seguridad Ciudadana.

Las limitaciones que estos microdatos nos presentaron a la hora de emprender nuestra labor no fueron pocas:

- En primer lugar, los relevamientos por supuesto no fueron realizados en función de nuestro marco teórico. Considerando su complejidad, se vuelve muy difícil encontrar variables coincidentes con él y que permitan operacionalizar las hipótesis que plantea. Incluso la presencia de variables útiles tampoco asegura que estén categorizadas con la profundidad o forma que requeriríamos, ni tampoco con la cantidad de indicadores por dimensión conceptual que sería óptima.
- En forma similar, varias variables no se mantienen definidas de la misma manera de un sondeo al otro o bien incluso desaparecen del todo, lo que vuelve complicada la comparación de un año a otro y el seguimiento de series temporales; así, por ejemplo, pudimos analizar una estructura ocupacional demasiado corta, no demasiado acorde a nuestro enfoque (que necesitaría construirla agrupando sobre la base de la estabilidad de la posición) y sólo para dos de los años en juego, pese a que es de gran importancia en nuestro modelo y que en condiciones óptimas la hubiéramos estudiado con el mayor detenimiento posible (siendo que las oportunidades de vida se distribuyen desigualmente a través de ésta).
- Asimismo, algunas variables presentan problemas insolubles, en particular la variable ingreso en los años 1999 y 2000 presenta una proporción de casos faltantes muy altos (cerca del 50%) y un rango tan bajo que nos fuerza a pensar que los casos faltantes reflejan una no respuesta por parte de los encuestados de mayores ingresos que no tenemos cómo explicar; esto es doblemente grave en nuestro modelo dado que, además, la variable ingreso por sí sola es de escasa relevancia, siendo relevante sobre todo tomada junto a otras variables.
- Finalmente, las variaciones de algunas variables parecen ciertamente difíciles de explicar; varias subidas y bajadas de puntos porcentuales son suficientemente altas como para pensar en sesgos sistemáticos que cambian de un año a otro y en general nos les dimos mayor significación; por otra parte, algunas de las variaciones que observamos, si bien presentan tendencias sólidas, son de escasa magnitud, lo que amenaza hasta cierto punto nuestras conclusiones.

Vale decir también que hemos optado por los mecanismos estadísticos más simples posibles por tres razones distintas: la primera, resulta claro que no sería estadísticamente válido el uso de métodos estadísticos exigentes en sus supuestos, como es el caso particular de la regresión lineal múltiple. En segundo lugar, hemos desarrollado el análisis de forma tal que sea de relativamente fácil comprensión (con miras a difundir sus resultados al menos parcialmente¹⁶), por lo que las medidas que además de los problemas anteriores fueran obscuras al público profano nos resultaban de menor interés en comparación a, por ejemplo, la lectura porcentual. Queda la deuda de profundizar este análisis con métodos estadísticos más agudos pero de supuestos fácilmente cumplibles, cosa que estamos determinados a hacer en una instancia posterior (y además con asesoramiento y aprendizaje estadístico adicional, con miras a emplear métodos de reducción de datos como por ejemplo al análisis factorial, técnica no incluida en las asignaturas de la licenciatura y que no dominamos).

4.2 Estabilidad relativa de la delincuencia en el período estudiado (1999-2004)

En términos teóricos hemos definido a la delincuencia como un riesgo constante, por una parte con fines puramente de abstracción teórica de la relación de otras variables con él, y por otra pensando en cómo un sujeto orienta estratégicamente su acción. Este supuesto es muy arriesgado a nivel empírico, puesto que algunas de las relaciones que se pretende observar pueden estar afectadas por variaciones del delito más que por las variables que nosotros introducimos.

Para comparar casos dentro de un mismo año, desafortunadamente tendremos que conformarnos con suponer que en efecto el impacto es homogéneo. Esto implica, por ejemplo, suponer que los delincuentes no tienen preferencia por posiciones particulares dentro de la estructura ocupacional, lo cual puede encerrar problemas, pero por ahora no es posible desarrollar un control eficiente ni nos parece tampoco prioritario en comparación con otras líneas de trabajo metodológico.

No obstante esto, si sería en cambio sumamente peligroso suponer que cambios o bien regularidades observadas de un año a otro no estén en realidad pautadas por el incremento de la delincuencia de un año a otro, sobre todo en un clima donde por una parte la opinión de la ciudadanía es que esto es lo que sucede y, por otra, diversos estudios académicos e institucionales ya mencionados hacen pensar que en efecto las últimas décadas han visto crecer la marginalidad y el crimen.

Es entonces menester controlar los efectos de esta variable, aunque sea a un nivel muy macro que permita suponer que este cambio es lo suficientemente lento como no afectar un período tan corto de tiempo.

El siguiente cuadro, que resume los indicadores de victimización desde 1999 a 2004, afirma con solidez esta última idea:

Cuadro 1: Proporción de hogares con víctimas de delito en los últimos doce meses

Proporción de hogares	Junio/99	Dic./99	Julio/00	Dic./01	Dic./02	Ago./04
Con víctimas	30	35	36	<u>28</u>	<u>32</u>	35
Sin víctimas	70	65	64	72	68	65
Total	100	100	100	100	100	100

Fuente: Ministerio del Interior, 2006.

La evolución de la delincuencia, medida a través de la victimización, solamente presenta oscilaciones menores y erráticas a través de los años sin dar base a una suposición de crecimiento de la delincuencia en el período estudiado.

¹⁶ Esta monografía fue parcialmente publicada y presentada en el seminario "Violencia, Inseguridad y Miedo: ¿Qué tienen para decir las ciencias sociales?", que tuvo lugar en Montevideo el pasado 22 y 23 de agosto de 2006 y fue organizado por el Ministerio del Interior y FESUR.

De mayor interés aún para nuestro trabajo es centrar la vista en los periodos de diciembre de 2001 y 2002, años en los que el impacto de la crisis podría haber provocado una de las “olas delictivas” que pregona el discurso sobre la seguridad ciudadana, y no obstante eso presentan casi los valores más bajos del periodo. Es importante además adelantarle aquí al lector que observaremos el impacto de esta crisis sobre los indicadores de temor, mostrando como se distorsionan e incrementan en muchos casos, por lo que es fundamental mantener esto en mente.

Los datos de victimización tienen además la ventaja sobre aquellos de denuncias de evitar el problema de la llamada “cifra negra”, es decir, el problema de los delitos que no se denuncian; de hecho, la propensión a denunciar los delitos no está explicada ni es hoy estimable en lo que hace a su magnitud o forma de variación. Así, no es posible siquiera saber la dirección en que esta proporción de no denuncia viene evolucionando en los últimos años. Por lo tanto, si en estos se ha incrementado la proporción de denuncias como fruto del temor y deseo de represión, la información de denuncias necesitaría un deflactor para ser comparable, pero no obstante podría suceder lo contrario. En este segundo caso, por ejemplo la frustración ante la incapacidad relativa del aparato punitivo estatal podría haber llevado a la población a denunciar en menor medida, necesitando entonces un expansor. En todos los casos, este problema es insoluble a menos que se comience a generar instrumentos que permitan resolverlo de ahora en adelante.

Por la contraria, el defecto de estos indicadores de victimización es que nada dicen con respecto a la evolución de la violencia de los delitos. Así que complementaremos esta información con datos de denuncias para los años que trabajaremos con mayor intensidad, que son como dijimos de 1999 a 2001, de forma de proveer un control adicional que además diga algo en torno a la violencia del delito:

Cuadro 2: Evolución en los años 1998-2001 de varios delitos seleccionados¹⁷:

(Índice 1998 = 100)				
Año	1998	1999	2000	2001
Hurtos	100	114	106,8	118
Rapiñas	100	139,7	171,9	156,2
Lesiones	100	99,3	90,5	99,2
Copamientos	100	102,6	102,6	93,1
Homicidios	100	98,1	105,5	92,6

Fuente: Elaboración propia en base a datos del Ministerio del Interior

Vale aclarar antes de analizar el cuadro que, en todos los casos, la evolución de las denuncias muestra variaciones con un nivel de aleatoriedad sumamente marcado, que se vuelve además más sorprendente cuanto más pequeña es la unidad de análisis y claramente dificulta extraer conclusiones de ellas. Por otra parte, y en función de esta aleatoriedad, bastaría con cambiar el año de arranque para que las variaciones parezcan más o menos graves, e incluso para cambiar drásticamente la dirección del fenómeno. Estos elementos llevan a que tomemos con bastante precaución las violentas variaciones de las denuncias de rapiñas que aparecen en este cuadro.

Ahora bien, haciendo caso omiso de esto, bajo el supuesto de que la variación de las denuncias de rapiñas en efecto representan la violencia del delito, es notable que los años que

¹⁷ Si bien hemos tenido acceso a la información desagregada, no así a las definiciones exactas (más allá de conversaciones con informantes calificados) de estos delitos. Hasta donde tenemos conocimiento, “hurto” es aquel delito en que la víctima es privada de bienes materiales sin que sufra además ninguna forma de violencia (en general, ni siquiera sabe del hecho hasta notar el faltante); la rapiña, en cambio, es aquel delito en que la víctima es robada mediante el uso de la violencia física o la amenaza de ésta (por ejemplo, “a punta de pistola”). Los copamientos son la toma de control de un hogar por la fuerza física, en general para proceder con otros delitos como el robo. Los homicidios no tienen que ver necesariamente con delitos económicos; incluyen cualquier caso en el que una persona le quite la vida a otra (como en el caso de un homicidio pasional). Finalmente, las lesiones son más bien indicador de violencia societal, en cuanto refieren al resultado de riñas o agresiones de diverso tipo.

presentan una variación creciente con respecto al año anterior no son los que presentan niveles de inseguridad altos dado que, como mostraremos en las secciones que vienen, comenzamos a ver un incremento de inseguridad en 2001, cuando de hecho las rapiñas descienden. Mucho más claro que esto, el año 1999 es quizá el que presenta los niveles más bajos de preocupación personal por el delito, y al mismo tiempo donde se encuentra el mayor crecimiento relativo de las rapiñas en el periodo.

Lo cierto es que más allá del pico de denuncias de rapiñas en el año 1999, la delincuencia en el periodo se muestra relativamente estable. Es menester recordar además que este incremento tampoco perjudica el análisis de la variación del temor a través de categorías sociales, sino que solamente de un año a otro.

4.3 Comportamiento de los principales indicadores de inseguridad ciudadana, selección de las variables dependientes para nuestro análisis y notas sobre el manejo de los datos

Como ya analizó Rafael Paternain (2001), los sondeos de opinión sobre seguridad ciudadana en Montevideo y Canelones denotan elevadísimos niveles de consenso social en cuanto al avance de la delincuencia y la violencia urbanas, la necesidad de mayor represión y penas más duras y el avance de otras formas de criminalidad como la corrupción y el narcotráfico. Los guarismos de estas categorías son en la mayor parte de los casos de magnitudes tales que alcanzan porcentajes de entre 70 y 80 por ciento de respuestas de “aumentó algo” o “mucho”, donde la categoría extrema es además la que acumula la mayor parte de los casos, mientras que las categorías inferiores son básicamente residuales.

El siguiente cuadro resume, a modo de ejemplo e ilustración de este problema, la situación de cuatro variables bastante clave de percepción de inseguridad, sin que el año elegido tenga mayor significación:

Cuadro 3: Cuánto aumentó en los últimos 12 meses... (Año 2000):

	<i>La Delincuencia</i>	<i>La Drogadicción</i>	<i>La Corrupción</i>	<i>El Narcotráfico</i>
Aumentó mucho	68,3%	60,8%	56,8%	53,3%
Aumentó algo	20,8%	23,9%	20,8%	22,7%
Ni uno, ni otro	7,9%	9,7%	14,7%	12,3%
Disminuyó algo	2,3%	0,9%	1,6%	1,7%
Disminuyó mucho	0%	0%	0,2%	0%
NS-NC	0,7%	4,8%	6,1%	10,2%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

Fuente: Elaboración propia en base a microdatos del Ministerio del Interior

Aquí se ve con claridad como “*disminuyó mucho*” no sólo es una categoría residual sino que directamente *no hay* respuestas salvo en el caso de la corrupción (los 0% no son redondeos; no hay casos en esas casillas); “*disminuyó algo*” es por su parte una categoría puramente residual. La categoría central (“Ni uno ni otro”) mantiene siempre valores bajos, mientras la respuesta rotunda de la población uruguaya a todas estas preguntas es la de que la criminalidad aumenta.

También es notable que de todas las preguntas la que mantiene con mayor claridad el patrón buscado es la de la delincuencia, y va disminuyendo hasta llegar a la del narcotráfico. En este transcurso, a medida que se reducen los escalones altos sobre todo crece la no respuesta más que las respuestas de tranquilidad; o sea, la transferencia pasa en buena medida por el crecimiento de sujetos que no se atrevieron a emitir un juicio sobre temas menos tangibles, como la corrupción, a que realmente hayan indicios claros de mayor calma sobre los temas preguntados. Estas variables se comportan con arreglo a este patrón y con sorprendente regularidad en todos

los años para los que tenemos datos (en el año 2002 se disparan bastante, manteniendo igual su estructura); no reproduciremos los demás cuadros completos con miras a no sobrecargar la lectura.

Otra regularidad muy relevante y constante en todos los años para los que tenemos datos es que, si bien por ejemplo en el cuadro anterior las respuestas que manifiestan el crecimiento del delito suman un total de casi 90%, las respuestas de aumento de la delincuencia en el propio barrio en el que se vive sólo llegan a un 40%; o sea, 50 puntos porcentuales menos. Esta regularidad nuevamente se cumple en todos los años y con cuantías similares.

Dos son las lecturas que hacemos de estas regularidades desde nuestra teoría, a sabiendas de que pueden ser leídas de otra manera:

- En primer lugar, es válido creer que la construcción simbólica de la sociedad en cuanto peligrosa o desintegrada tiene necesariamente que ver con variables más allá del impacto de la violencia, dada la enorme magnitud de respuestas enfáticas al crecimiento de los distintos fenómenos meramente de un año a otro. La diferencia entre la percepción del entorno inmediato, conocido de primera mano, y los entornos lejanos (física o socialmente, como un barrio en el caso de la delincuencia, un espacio de poder en el caso de la corrupción, o un espacio cultural en el caso de la drogadicción) nos hace llegar a la misma conclusión (siendo que éstos son fácilmente populables por temores de diverso tipo al ser desconocidos);
- En efecto, todos estos temores pueden entonces ser considerados parte de una amplia lista de vehiculos de una tensión general, de allí la homogeneidad que su comportamiento presenta sistemáticamente pese a que se trata de fenómenos bastante distintos.

No obstante esto, a los efectos de nuestra teoría estas variables presentan problemas no menores de operacionalización teórica, escala de medición y resultados empíricos.

Empezando por lo primero, el considerar que el delito ha aumentado no es estrictamente sentir mayor temor o preocupación por el delito como fruto de nuestro mecanismo; de hecho, median aquí construcciones de realidad social ya de otro grado superior al temor individual, a las que pueden adscribirse aquellos que no lo sienten en lo absoluto. En segundo lugar, la escala de medición empleada genera un problema para nosotros que, empeñados en explicar variaciones, nos encontramos con prácticamente todos los casos agrupados en sólo 2 categorías. A nuestros efectos, hubiera sido mejor una escala cuyo comienzo partiera de que la ciudad está igual (la primer categoría que no es residual), teniendo más categorías hacia arriba – desafortunadamente pagamos los costos de trabajar con datos creados con miras a objetivos distintos de los de nuestra investigación. Finalmente, al ser sometidas a cruces estas variables se comportan en forma a veces errática, y todos nuestros predictores parecen mostrar menor capacidad para revelar regularidades en comparación con las variables que presentaremos a continuación, que se comportan mejor y conceptualmente tienen mayor afinidad con nuestro marco teórico. El próximo cuadro da un ejemplo de ellas.

Cuadro 4: El encuestado que él o alguien de la familia... (Año 2000)

	<i>Sea violado</i>	<i>Sea asaltado</i>	<i>Sea golpeado</i>	<i>Sea asesinado</i>	<i>Roben su casa cuando está sola</i>	<i>Roben su casa con gente dentro</i>
Muy frecuentemente	13,2%	17,7%	14,7%	14,2%	23,6%	17,3%
Frecuentemente	24,6%	36,5%	26,6%	24,2%	38,4%	30,1%
A veces	20,8%	25,1%	22,7%	17,1%	20,2%	21,55
Casi nunca	18,1%	10,9%	19,5%	17,8%	9,3%	16,8%
Nunca	23,2%	8,9%	16,1%	26,3%	8,3%	14,0%
NS-NC	,2%	,9%	,5%	,5%	,3%	,3%
Total	100%	100%	100%	100%	100%	100%

Fuente: Elaboración propia en base a microdatos del Ministerio del Interior

Estas variables se reparten mejor a lo largo de sus categorías, sin agolparse tanto en las más altas, y también mantienen una estructura bastante homogénea a lo largo de los años. La no respuesta aquí es menor y marginal, dado que se está preguntando por una sensación subjetiva y no por un juicio sobre el mundo objetivo (como cuando se pregunta por el incremento de la corrupción).

Conceptualmente, estas variables van directo hacia el sentir individual, reflejando hasta que punto la delincuencia ocupa un lugar en sus preocupaciones cotidianas, por lo que son de primer interés para una teoría que pretende explicar estructuralmente el temor de los individuos. En forma coherente con esta consonancia teórica, estas variables responden mejor a nuestros cruces que las anteriores, y en todos los casos parecerían tener patrones más predecibles y ser más sensibles a los cambios.

Presentan no obstante dos defectos graves: primero, por problemas presupuestales el Programa de Seguridad Ciudadana excluyó muchas preguntas de su sondeo 2002, y el recorte incluyó estas preguntas, reduciendo el análisis de ellas a los años 1999, 2000 y 2001. El segundo problema es que, en función de la descripción que tenemos de ellas en las bases de datos que nos fueran proporcionadas, si bien sabemos que fueron definidas de idéntica manera para los años 1999 y 2000, no podemos estar seguros de que en efecto no hayan sufrido un cambio en el sondeo 2001. Este potencial cambio sería de relevancia conceptual: como se ve en el cuadro, las preguntas en los años 1999 y 2000 van dirigidas hacia el entrevistado y su familia, que es su núcleo emocionalmente proyectivo y de control mutuo de riesgos, clave en nuestra teoría, mientras que en el 2001 parecería preguntar directamente al entrevistado si se preocupa por estos eventos (asesinatos, robos) sin traer a colación explícitamente al resto de la familia. Supondremos que los tres años son comparables, manteniendo la guardia en cuanto al hecho de que 1999 y 2000 son de perfecta comparación mientras que cambios de patrones hacia el 2001 merecen cierta duda metodológica.

Por su parte, no descartaremos las primeras tres variables (opinión de incremento de la delincuencia, la corrupción y la drogadicción¹⁸) en lo absoluto; éstas en última instancia representan bastante bien tres vehículos discursivos de tensión colectiva, que al menos en segundo grado deberían ser explicables por nuestra teoría, y tienen la ventaja de estar disponibles e iguales para todos los años (1999-2002), lo que permite mayor comparación. A diferencia de las preguntas sobre el temor, que en términos generales trataremos en forma bastante indistinta e incluso estadísticamente agregada (conceptualmente, no difieren particularmente, en cuanto todas refieren directamente al temor por la delincuencia, si bien incluyen daños morales y económicos), las preguntas que hacen referencia a opiniones sobre estos fenómenos muy distintos entre sí serán mantenidas rigurosamente separadas. Su agregación parece quitar capacidad explicativa en el

¹⁸ Descartaremos la variable de opinión de aumento del narcotráfico; si bien responde a nuestro modelo en forma similar a las demás, conceptualmente no hace un aporte del mismo nivel, siendo excluida entonces en pos de la parsimonia del esquema analítico.

análisis estadístico, y además reviste riesgos teóricos. Estos riesgos multiplican además las variables fuera de control que pueden intervenir en unas y no en otras; así, resulta claro que la opinión de un consumidor de marihuana (hoy por hoy, casi cualquier joven al azar; también muchos de edades más avanzadas) sobre el aumento de la drogadicción sería distinta de la de uno que no lo es. Incluso *cualitativamente* distinta; ante cantidades iguales de casos que consideren que existe un incremento de la drogadicción, se vuelve difícil creer que están contestando lo mismo los que consumen droga de los que no, en cuanto para los primeros forma parte de su mundo de la vida cotidiana mientras que para los segundos es un elemento lejano y desconocido: es difícil decir que el estímulo al que fueron sometidos los encuestados haya sido el mismo, reduciendo la validez del instrumento de medida. Así, la evolución de todas estas variables tiende a ser directamente proporcional a la edad, pero esto es mucho más marcado en el caso de la opinión del aumento de la drogadicción, posiblemente debido a una mayor presencia de consumidores en las primeras franjas etáreas.

En todos los casos, los mayores niveles de seguridad de los jóvenes (Paternain, 2001) van muy acorde a nuestro marco teórico, en el que presuponemos que los más jóvenes, recién saliendo de las primeras etapas de socialización, tienen una mayor capacidad de adaptación y aprendizaje que los de mayor edad, pero también denotan un problema metodológico: al variar las respuestas a distintos ritmos según la variable edad, ésta debería controlar sus movimientos, e incluso si el impacto de la variable edad fuera homogéneo, de todas formas plantearía un problema al observar como varían estos indicadores según la edad promedio de por ejemplo una posición en la estructura ocupacional. No hemos realizado esos controles, que quedarán para un paso posterior de la investigación. Por otra parte, otras variables podrían intervenir conceptualmente por ejemplo el nivel de adhesión a un partido político en la percepción de la corrupción.

Las variables de temor, en cambio, parecen conceptualmente más “puras” en cuanto reflejo directo de la preocupación, sin sustituir enteramente a las otras. Así, por ejemplo el peso de la variable edad es aquí menor y su influencia menos clara, gravitando en todo caso más bien sobre las edades medias (entre 30 y 50 años), cosa que adjudicamos no al problema de la socialización sino al problema de la mayor carga de riesgos y responsabilidades a enfrentar en esas etapas económicamente activas (así, su temor sería fruto del mercado de trabajo más que de la edad). En todos los casos el fenómeno parece un poco menos claro aquí.

Finalmente, la última regularidad general que queremos comentar, y que ya fue también mostrada por otros (Paternain, 2001), es la del sexo como determinante de la inseguridad. Los dos tipos de variable son altamente sensibles a las variaciones por sexo, lo que es interpretable con arreglo a patrones puramente culturales. Aún así, desde nuestra teoría sobre todo el conflicto de rol actual de la mujer debería estar como mínimo intensificando la relación, pero no avanzaremos más en el análisis de esta variable poco clara del punto de vista teórico. Realizamos controles por esta variable en algunos casos en los que lo creímos pertinente, pero no en forma sistemática sobre todas las variables.

Por diversas razones teórico-metodológicas, trabajaremos todas estas variables desde sus respuestas extremas (*muy frecuentemente teme que*, o bien *aumentó mucho*) dado que, en un clima donde es consensual la idea del incremento de la inseguridad, son las respuestas extremas las que por su énfasis revisten mayor interés a la hora de definir a un caso como “asustado” y también las que hacen más visibles las variaciones (en términos generales, las tendencias se mantienen cuando se trabaja con las dos categorías altas agregadas, pero disminuye su cuantía y en pocos casos se anulan o cambia de sentido las diferencias encontradas). También para analizar y presentar los datos es necesario reducirlos de alguna forma, para lo cual esta selección de las respuestas extremas es también de gran utilidad como método resumen¹⁹.

4.4 Hipótesis de trabajo

¹⁹ Sería óptimo un método que permitiera resumir las transferencias de casos de categoría en categoría, percibiendo con mayor sutileza el resultado de los cruces, lo que creemos que incluso enfatizaría varias de las relaciones buscadas. En esta etapa como dijimos nos conformaremos con esta primer exploración.

Como sostuvimos en el segundo capítulo de nuestro trabajo, las dos hipótesis teóricas que nos guían son:

Primer hipótesis: *Cuanto mayor sea la brecha que un sujeto perciba entre la evaluación subjetiva de sus **chances de realización** por una parte, y las **aspiraciones personales** que motivan su accionar por otra, mayor será su inseguridad en términos generales y consecuentemente su temor a la delincuencia como parte o canalización de esa inseguridad.*

Segunda hipótesis: *Las variaciones en el nivel de **entropía del entorno social**²⁰ implican variaciones en los niveles de inseguridad de los individuos, y en distintas instancias históricas y sociales se encontrarán distintos **vehículos** simbólicos colectivos y expresiones para la misma – el temor a la delincuencia, justificado o no, es uno de éstos.*

Estas hipótesis altamente teóricas deben ser operacionalizadas hasta ser metodológicamente útiles a la hora de explorar nuestros datos; por eso aquí formularemos un conjunto de hipótesis operativas creadas en función de la combinación entre el marco brindado por las anteriores y la disponibilidad de datos:

- **Hipótesis 1:** *A mayor nivel de crisis del contexto socioeconómico general, mayor nivel de inseguridad*
Esperaremos observar entonces que la recesión que termina explotando en una crisis generalizada en el año 2002 debe afectar los indicadores de temor hacia el alza con independencia relativa del crecimiento de la criminalidad (que acabamos de controlar).
- **Hipótesis 2:** *A mayor estabilidad de la vivienda, mayor seguridad*
Esperaremos observar entonces que el temor ciudadano varíe crecientemente de los propietarios hacia los deudores y arrendatarios.
- **Hipótesis 3:** *A mayor regulación de la situación laboral, mayor seguridad*
Esperaremos observar entonces que las ocupaciones estables y/o protegidas mediante regulaciones laborales sólidas presenten mayores niveles de seguridad que las que no poseen esto, así como que los ocupados presenten mayor seguridad que la que presentan los desocupados
- **Hipótesis 4:** *A mayor nivel de inconsistencia de status subrecompensada, mayor temor ciudadano*
Esperaremos observar entonces que a medida que se incrementen los niveles educativos (como variable proxy de las aspiraciones) pero los ingresos (como variable proxy de la capacidad de satisfacción) se mantengan estáticos, se incremente la inseguridad ciudadana
- **Hipótesis 5:** *A mayor nivel de vulnerabilidad o desintegración familiar, mayor temor ciudadano.*
Siendo dos hipótesis distintas pero relacionadas, subdividiremos esta hipótesis en:
Hipótesis 5.1: *Cuanto mayor peso del componente pasivo del hogar, mayor temor, y*

²⁰ Recordemos aquí en particular la expansión y retracción de los sistemas de seguridad.

Hipótesis 5.2: A mayor violencia doméstica (como indicador de desintegración familiar), mayor preocupación por el delito.

Las próximas páginas girarán en torno a estas ideas, intentando contrastar estas hipótesis en la medida de lo posible. En términos generales, los datos se mueven bastante a favor nuestra teoría, si bien esto no es plenamente concluyente en todos los indicadores analizados.

4.5 El efecto de la crisis socioeconómica sobre los indicadores de inseguridad (Hipótesis 1)

Parece razonable suponer que la profunda crisis experimentada por Uruguay, y que alcanzó sus puntos de quiebre en el año 2002, tiene que haber generado un crecimiento dramático de los riesgos a enfrentar por los sujetos. Así las cosas, la capacidad de comprar seguridad a través del mercado claramente se contrajo, e incluso los pilares más sólidos del modelo económico entonces imperante, como en particular el sistema financiero, se tambaleaban de forma violenta mientras las redes de seguridad del Estado se veían desbordadas.

Observemos esto en el máximo nivel de agregación de opiniones:

Cuadro 5: Saldo neto de los porcentajes de las opiniones sobre aumento de la delincuencia en los últimos doce meses, años 1999-2004:

1999	2000	2001	2002	2004
83	88 ²¹	81	91	84

Nota: Saldo neto=(aumentó mucho y algo)-(disminuyó mucho y algo)

Fuente: Elaboración propia en base a datos y cuadros del Ministerio del Interior

En esta gruesa medida resumen, si bien queda claro el problema del consenso en la opinión de crecimiento de la delincuencia, el efecto de la crisis no es particularmente visible: si bien el punto más alto es el año 2002, el año 2000 lo rivaliza de cerca.

Veamos ahora como se comportan las respuestas extremas en las tres variables de opinión:

Cuadro 6: Porcentaje de respuestas de mucho aumento en los últimos 12 meses, años 1999-2002:

	1999	2000	2001	2002
La Delincuencia	58,7%	68,3%	56,2%	76,85%
La Drogadicción	55,5%	60,8%	48,8%	57,8%
La Corrupción	55,1%	56,8%	46,7%	64,4%

Fuente: Elaboración propia en base a microdatos del Ministerio del Interior

Este nuevo cuadro vuelve más notorias las diferencias de un año a otro, al observar sólo a los que manifestaron un alto nivel de preocupación. También se ve que, si bien la drogadicción tiene un comportamiento un tanto diferente, todas suben y bajan en los mismos años, reforzando la idea de una dinámica societal que no es aleatoria y si es hasta cierto punto independiente de la variación "real" de estos fenómenos distintos entre si. Nuevamente las opiniones empeoran en 2000 y 2002, pero esta vez el salto es claramente más marcado, llegando a 20 puntos porcentuales en los casos de la delincuencia y la corrupción.

²¹ En el año 2000, año pos electoral, todos los indicadores de inseguridad (en particular los de opinión) muestran un importante crecimiento. Si bien no lo incluimos aquí, en las líneas propuestas en nuestras conclusiones esbozaremos una hipótesis explicativa plausible para esto.

Sería muy ilustrativo tener datos para el año 2004, por eso incluiremos este cuadro procesados por el Ministerio del Interior (2006), que trabaja una variable relacionable con nuestro modelo pero que no volveremos a tratar (su única función es poder poner en juego al año 2004, es decir, el otro lado de la crisis):

Cuadro 7: Opinión sobre la gestión de la Policía, años 2000-2004

Actuación comparada con un año atrás...	2000	2001	2002	2004
Mucho mejor	3%	6%	2%	5%
Mejor	54%	47%	6%	33%
Igual	34%	34%	38%	46%
Peor	5%	5%	41%	5%
Mucho peor	0%	2%	6%	3%
No sabe, no contesta	4%	6%	7%	8%
Total	100%	100%	100%	100%

Fuente: Ministerio del Interior (2006)

Suponiendo que la imagen de la gestión de la policía es un buen proxy conceptual también de la seguridad, entonces el año 2002 aparece como un año claramente de temor, con una caída y recuperación sorprendentes, lo que quizá nos hace pensar en que se trata de un indicador más sensible. Encontramos también un comportamiento muy similar en las variables de percepción de violencia hacia las mujeres, los niños, los ancianos o grupos minoritarios, en cuanto a manifestar un empeoramiento radical de la percepción del ambiente en el 2002 que en términos porcentuales es tan grande que supusimos era un error hasta finalmente observar que se daba en todos los casos (Ministerio del Interior, 2006). Más allá de otros posibles apuntes²², estos hechos ya muestran con claridad el efecto de la crisis sobre la sensación de seguridad, que no es perceptible en 2001 mediante los indicadores menos sensibles de opinión de incremento de la corrupción, el delito, etc.

Observemos las variables de preocupación personal por el delito:

Cuadro 8: Respuestas extremas a las preguntas de temor, años 1999-2001

Muy frecuentemente teme que...	1999	2000	2001*
Roben la casa cuando está sola	24,7%	23,6%	29,9%
Entren en la casa con gente dentro	17,1%	17,3%	23,1%
<i>alguien de la familia sea...</i>			
Asaltado	16,3%	17,7%	22,3%
Asaltado sexualmente	13,9%	13,2%	17,7%
Golpeado	12,8%	14,7%	19,5%
Asesinado	12,1%	14,2%	18,2%

**Nota: los datos 2001 presentan las dificultades de comparación reseñadas en el punto 4.3
Fuente: Elaboración propia en base a microdatos del Ministerio del Interior*

El comportamiento de estas variables es mucho más estable, habiendo una tendencia clara de crecimiento débil del 99 al 2000, y ya muy marcado del 2000 al 2001, teniendo como ejemplos en contra bastante marginales la variación del robo al hogar vacío y el asalto sexual de

²² Esta y otras variables podrían dar lugar también a interesantes análisis que tenemos propuestos para instancias posteriores; así, es notorio como difiere el punto en que se concentran las respuestas en esta pregunta, así como su movimiento inverso al de las otras es metodológicamente sugerente. También la percepción de violencia hacia los débiles parecería ser explicable al menos en parte por nuestro modelo. No obstante esto, nos mantendremos apegados a las que seleccionamos con anterioridad con arreglo a un criterio teórico claro.

1999 a 2000. Desafortunadamente, no disponemos de datos para el año 2002. Aún así, adjudicaremos este crecimiento a la ya avanzada crisis social y económica²³; el problema de la comparación por su parte no parecería explicar este crecimiento sino al contrario: al reducir eventualmente los temores a la propia persona, sería esperable en todo caso que decrezcan en vez de crecer.

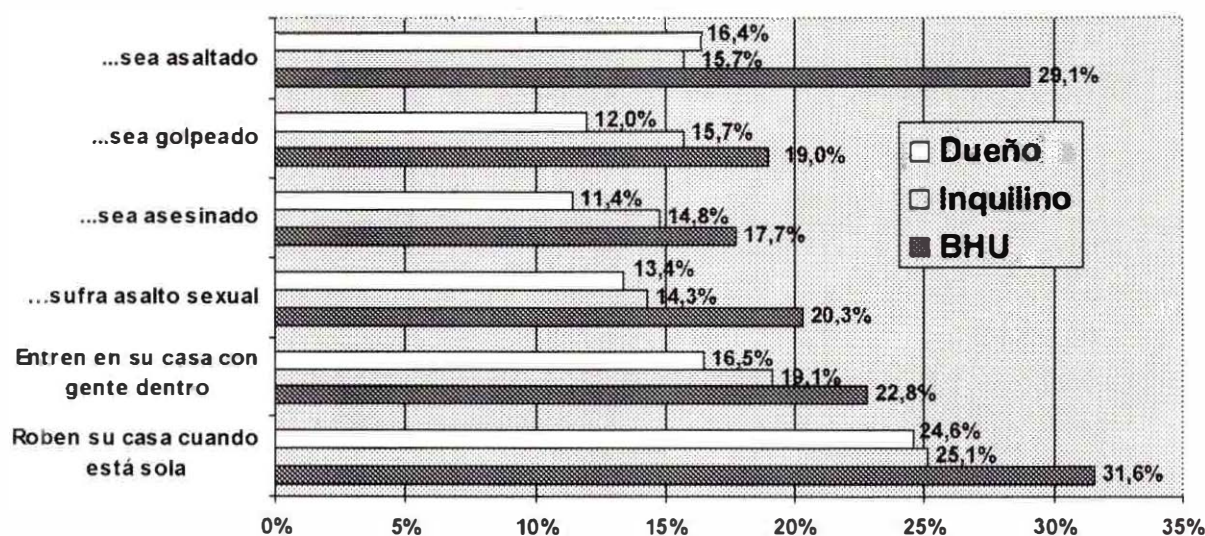
Es importante señalar como estos indicadores son más sensibles que los de la opinión en torno a la delincuencia (drogadicción, etc.), que en 2001 incluso disminuyen en comparación con la corriente de opinión del año 2000.

Dos puntos nos interesa sacar en limpio de esta sección, uno teórico y otro con miras al análisis de los datos restantes:

- a) La evidencia empírica parece ir a favor de nuestra primera hipótesis, a saber, que en tiempos de crisis el temor crece incluso con la delincuencia invariada;
- b) De ahora en más, incluiremos al análisis la idea de que los años 1999 y 2000 son años de relativa estabilidad socioeconómica, mientras que 2001 y 2002 son años ya de crisis que se reflejará en nuestros indicadores, distorsionándolos en general hacia la inseguridad.

4.4 La vivienda como factor de seguridad (Hipótesis 2)

Gráfico 1: Temores ciudadanos por tenencia de vivienda, año 1999
(muy frecuentemente teme que alguien de la familia...)



Fuente: Elaboración propia en base a microdatos del Ministerio del Interior

Este gráfico analiza la situación de temor al delito en un año estable (1999), según a su vez el nivel de estabilidad de la vivienda.

Los promitentes compradores del Banco Hipotecario manifiestan sensiblemente mayor temor en absolutamente todas las preguntas que las otras dos categorías, donde los propietarios son los que manifiestan el menor temor de las tres. Esto sería francamente paradójico si el temor fuera efecto directo de la criminalidad (parece poco probable que los rapiñeros prefieran a los deudores) o bien si fuera fruto de la influencia mediática aislada.

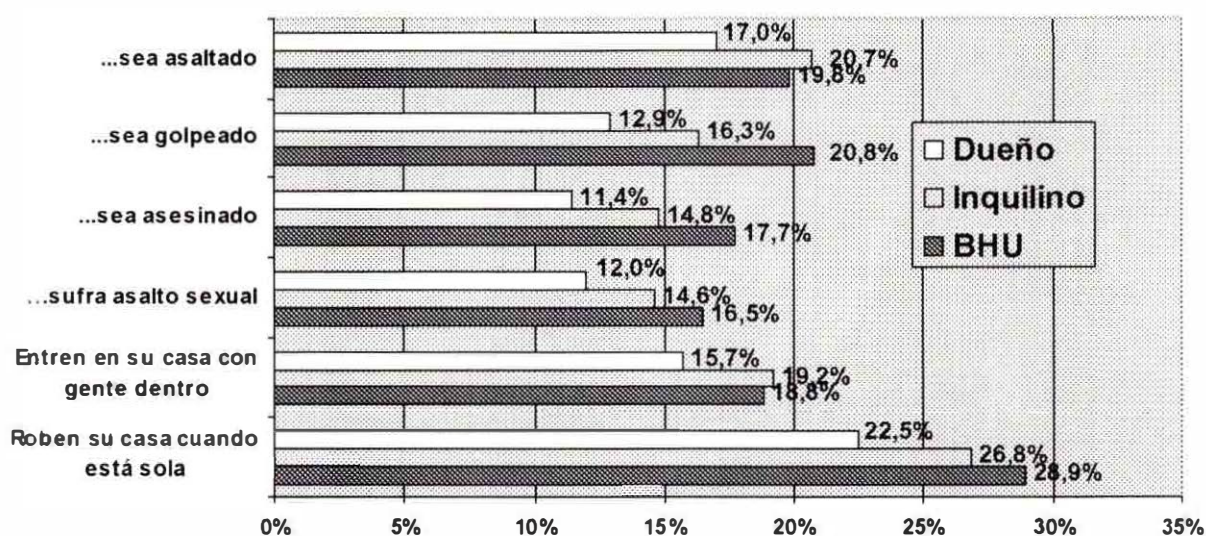
²³ La encuesta fue realizada en diciembre de 2001, momento en el que, además de que la situación nacional ya era de crisis, la situación de Argentina era de extrema gravedad, habiendo tenido lugar el llamado "corralito" bancario y sucediendo aún las olas de saqueos que según la BBC afectaron a varios miles de comercios (ver www.bbc.co.uk). Pocos meses después Uruguay comenzaría también su dramático quiebre.

Nuestro modelo puede explicar el problema: aquellos que están pagando su primera casa están en el medio de un proyecto de vida, y uno que implica un cambio cualitativo en términos de bienestar y estabilidad y además proyectivo al resto del núcleo familiar - incluso después de la muerte. La meta en sí misma implica una situación de fragilidad relativa, siendo que al estar en el medio de un proceso de acumulación los *riesgos relativos* crecen drásticamente al amenazar la cristalización del proceso (por ejemplo, ante la incapacidad sostenida para pagar la cuota provocada por el desempleo); crece entonces de forma indirecta la brecha entre las *aspiraciones personales* y las *chances de realización* al disminuirse estas últimas junto al crecimiento del riesgo relativo.

El caso intermedio en este año es el de los inquilinos, apenas un poco más inseguros que los propietarios.

Veamos cómo evolucionan estos datos en los años 2000 y 2001.

*Gráfico 2: Temores ciudadanos por tenencia de vivienda, año 2000
(muy frecuentemente teme que alguien de la familia...)*

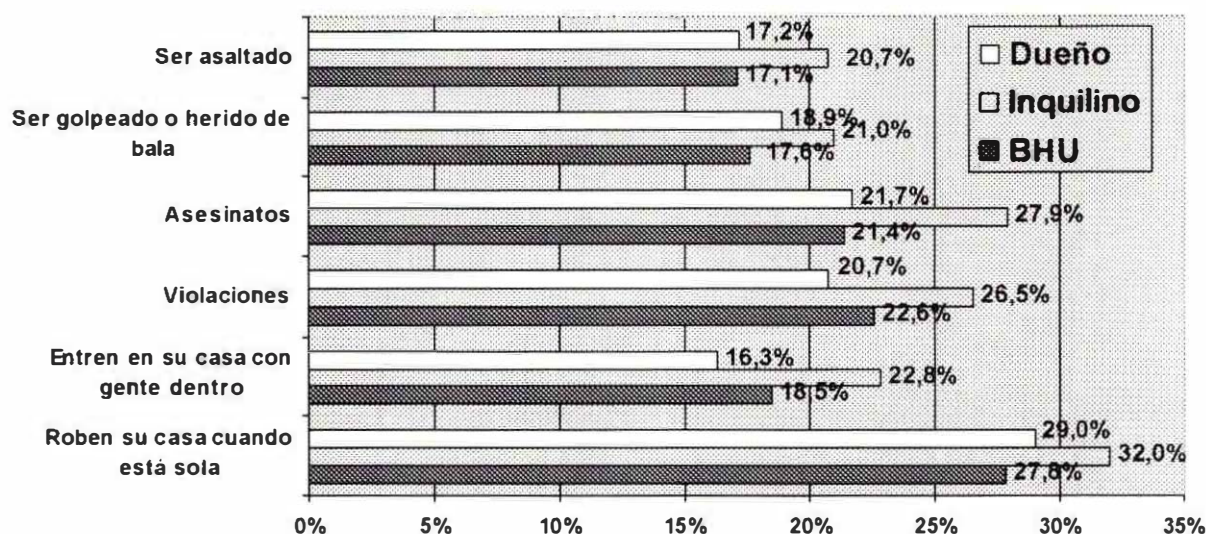


Fuente: Elaboración propia en base a microdatos del Ministerio del Interior

En nuestro segundo año estable, ya más acercado a la crisis, las variables mantienen el mismo patrón general, donde las diferencias entre los pagadores del BHU y los propietarios se pulen un poco (en particular desaparece el pico de temor a los asaltos que presentaba el primer gráfico). El cambio más significativo es no obstante el del crecimiento de la inseguridad de los inquilinos, que siguen ocupando un puesto intermedio pero ya acercándose al primer lugar, superando por un escaso margen a los compradores en el temor a los asaltos y a los robos al hogar vacío. Asimismo, las únicas variables en las que el crecimiento manifestado por los inquilinos es menor o estable son las del asesinato y la violación (temores bastante extremos por cierto), mientras que en todas las demás variables presentan crecimientos de importancia. Estos dos años, 1999 y 2000, son de primer interés metodológico dado que las preguntas son idénticas y la encuesta no fue realizada en medio de un periodo crítico.

Observemos ahora el gráfico para el año 2001.

*Gráfico 3: Temores ciudadanos por tenencia de vivienda, año 2001
(muy frecuentemente se preocupa por ...)*



*Nota: los datos 2001 presentan las dificultades de comparación reseñadas en el punto 4.3
Fuente: Elaboración propia en base a microdatos del Ministerio del Interior*

El cuadro de diciembre de 2001, que suponemos de crisis, está marcado por un crecimiento del temor de estos inquilinos que ya es sumamente notorio, no sólo por el crecimiento de un año a otro sino por superar en todos los casos a las demás categorías. Nuestra hipótesis para explicar este cambio es el de la mayor volatilidad de la situación residencial del inquilino, más vulnerable que el promitente comprador ante una crisis laboral repentina (resulta más difícil que los primeros caigan en una situación de privación domiciliar que los segundos, dotados de un capital mayor). Por otra parte, los deudores del BHU ahora superan a los propietarios solamente por un delgado margen, lo cual podría poner en duda la lectura que de ellos hacemos a partir de los cuadros de 1999 y 2000. Es menester de todas maneras tener en cuenta la gran distorsión sufrida por todas las variables para todas las categorías en este momento particular de la historia del país, así como observar el hecho de que las preguntas no son estrictamente iguales, lo que también perjudica la comparación y pone en duda el análisis. Este cuadro reduce promedialmente la cantidad de respuestas extremas para cada categoría:

Cuadro 9: Síntesis anual de las variables de temor según tenencia de vivienda, años 1999-2001

Resumen promedial de respuestas extremas de la vivienda:	1999	2000	2001*
Propietarios	0,94	0,93	1,25
--Promedio gral.--	0,97	1,01	1,31
Alquilan	1,04	1,16	1,53
Cuota BHU	1,41	1,24	1,28

**Nota: los datos 2001 presentan las dificultades de comparación reseñadas en el punto 4.3
Fuente: Elaboración propia en base a microdatos del Ministerio del Interior*

Ahora se aprecia con claridad el volumen de crecimiento de las respuestas para el año 2001 en todas las categorías, así como el entrecruce entre los inquilinos y los compradores del BHU. Los propietarios únicamente se disparan en 2001. Los casos del BHU en cambio siempre arrojan en todos los años un resultado alto en términos absolutos, que es alcanzado por los demás en 2001.

Observemos ahora cómo evolucionan las variables de opinión (vehículos discursivos según nuestro constructo teórico):

Cuadro 10: Porcentajes de respuesta de mucho aumento de la delincuencia según tenencia de vivienda, 1999-2002

La delincuencia aumentó mucho en...	Dueños	BHU	Inquilinos
1999	58,2%	58,2%	59,4%
2000	68,8%	63,9%	68,5%
2001	58,3%	45,3%	58,5%
2002	77,1%	79,6%	79,2%

Fuente: Elaboración propia en base a microdatos del Ministerio del Interior

En este recuadro (defectuoso al no tener un control por edad, que podría ser relevante para estas categorías), la relación entre dueños y deudores del BHU se oscurece mucho, estando muy cercanas en 1999 y 2002 pero en 2000 y 2001 siendo inversos a lo esperable por nuestra teoría. Es importante señalar que de todas formas, los inquilinos siempre son los que presentan la peor opinión en cuanto al deterioro de la seguridad ciudadana, siendo igualados pero nunca superados por las otras dos oscilantes categorías.

Observemos la opinión en torno a la corrupción:

Cuadro 11: Porcentajes de respuesta de mucho aumento de la corrupción según tenencia de vivienda, 1999-2002

La corrupción aumentó mucho en...	Dueños	BHU	Inquilinos
1999	55,6%	57,1%	62,0%
2000	59,4%	60,7%	60,3%
2001	49,6%	46,7%	54,3%
2002	67,7%	74,6%	71,1%

Fuente: Elaboración propia en base a microdatos del Ministerio del Interior

El resultado es aquí nuevamente similar y, más allá de que esta vez los casos del BHU se comportan de manera más predecible, nos interesa volver a subrayar la claridad con que los inquilinos presentan el perfil de opinión globalmente más negativo, cosa que sucede también de idéntica manera en el caso de la drogadicción.

Como síntesis de esta sección sobre la vivienda, concluimos que la evidencia parece ir a favor de que el perfil globalmente de mayor seguridad es el de los propietarios, de vivienda estable, mientras que el perfil del inquilino parece quizá el más frágil al tiempo que el de los deudores del BHU el más contradictorio y menos estable que el de los propietarios. Nuestra hipótesis 2 no está entonces errada.

4.5 Seguridad laboral y temor ciudadano (Hipótesis 3)

Dividiremos el problema de la seguridad laboral en dos niveles: primero, en términos de empleo/desempleo; segundo, en cuanto al nivel de regulación laboral de los puestos de trabajo.

Antes de leer el muy significativo cuadro de abajo, es importante recordar que las variaciones menores que muestra son resumen agregado de las seis variables clave sobre el temor (asaltos, violaciones, etc) que desplegadas individualmente tienen otro impacto visual (y llevarían

un par de páginas si las graficáramos como en el caso anterior; es bueno aquí volver a mirar esos gráficos y su versión resumida para comparar con este y los demás cuadros de esta índole).

Cuadro 12: Promedio de respuestas extremas a las preguntas de temor según situación ocupacional, años 1999-2001

	1999	2000	2001*
Jubilados	0,99	0,86	1,26
---Promedio general---	0,97	1,01	1,31
Ocupados	1,03	0,99	1,24
Desempleados	1,22	1,14	1,52

*Nota: los datos 2001 presentan las dificultades de comparación reseñadas en el punto 4.3
Fuente: Elaboración propia en base a microdatos del Ministerio del Interior

En primer lugar, los jubilados aparecen como los más seguros en cuanto a la situación ocupacional, lo que consideramos fruto de su alta estabilidad asociada al viejo sistema de pensiones hoy en crisis (Filgueira, 1994), y que los ubica un poco por encima de la media en términos de seguridad²⁴. Los ocupados, por su parte, se comportan casi con arreglo a la media. Finalmente, los desempleados siempre están muy por encima de los anteriores. El comportamiento observado en las variables de temor es entonces exactamente el esperado desde nuestra teoría.

En el caso de las variables de opinión, el patrón es el esperado en 1999, se debilita en 2000, y en 2001 prácticamente se invierte:

Cuadro 13: Porcentajes de respuesta de mucho aumento según situación laboral, 1999-2002

	Ocupados	Desempleados
<i>La delincuencia aumentó mucho en...</i>		
1999	56,4%	68,5%
2000	68,9%	69,4%
2001	55,0%	46,8%
<i>La corrupción aumentó mucho en...</i>		
1999	55,3%	62,5%
2000	59,7%	61,5%
2001	48,5%	46,7%
<i>La drogadicción aumentó mucho en...</i>		
1999	56,6%	61,8%
2000	62,8%	67,7%
2001	52,6%	45,9%

Fuente: Elaboración propia en base a microdatos del Ministerio del Interior

Hemos excluido a los jubilados por su elevada edad; en todos los casos siempre competían por el primer puesto. Lo desafiante del punto de vista teórico es explicar porqué los desempleados, en el momento de la crisis (2001), reducen el énfasis de su descripción de la realidad (en cuanto al aumento de la delincuencia) incluso por debajo de los ocupados, mientras su incremento en las respuestas de temor es notorio – de hecho, este patrón sucede en general y como vemos en varias categorías particulares. No nos atreveremos a arrojar una explicación para este problema. Desafortunadamente, no es posible construir este cuadro con los datos de 2002, que quizá hubieran arrojado luz adicional, revirtiendo o manteniendo la tendencia.

²⁴ Es importante recordar aquí que el efecto de la edad afecta sobre todo las opiniones de crecimiento general de la delincuencia más que el temor a ser víctima del delito; aún así, es un interesante ejemplo del poder de aseguración de la protección del Estado de Bienestar.

Pese a este problema, no parece un ejemplo en contra de gravedad, considerando que 2 de 3 años operan de acuerdo al modelo en las variables de menor consonancia conceptual, mientras que los 3 años operan en forma satisfactoria en las variables de temor.

Ahora bien, para ver esto mismo a través de la estructura social nuevamente resumiremos promedialmente las respuestas extremas a las preguntas sobre temor para cada categoría ocupacional de las que disponemos. Como dijimos antes, sólo pudimos construir esta estructura para los años 1999 y 2000, cosa penosa además considerando lo extraño del comportamiento del año 2001 –aunque al menos podemos trabajar con los dos años estables (peor sería tener uno estable y uno inestable a la hora de buscar regularidades).

Ordenaremos las categorías de la que presenta el resultado más bajo a la que presenta el más inseguro, adelantando ya como observación teórica que creemos se aprecia en este ordenamiento que a medida que crece la inestabilidad de la posición (no en términos de ingresos altos o bajos, sino en términos de la volatilidad de la situación) crece el temor al delito.

Cuadro 14: Resumen promedial de respuestas extremas a las preguntas de temor según ocupación, años 1999-2000

	1999	2000
Obreros industriales	0,74	0,82
Comerciantes	0,80	0,96
---Promedio general---	0,97	1,01
Empleados de oficina	1,06	0,96
Profesionales, técnicos	1,19	1,01
Sector servicios ²⁵	1,25	1,24

Fuente: Elaboración propia en base a microdatos del Ministerio del Interior

La posición que reviste mayor seguridad en este cuadro es la del obrero industrial, por oposición a la que reviste el mayor temor, a saber, la de los empleados en servicios. Esta distancia entre ambas categorías es sumamente coherente con nuestra teoría, y la leeremos en función de la mayor seguridad brindada por el modelo de bienestar clásico que imperaba en la etapa histórica en la que, no sin luchas y conquistas, el movimiento obrero logra determinados niveles de regulación laboral así como una cultura sindical que incluye elementos de solidaridad. Aquellos que viven de vender sus servicios, en cambio, no sólo son hijos de la etapa neo-liberal del Estado sino que además se mueven en sectores de más difícil regulación, muchas veces nuevos y en general altamente informales. Asimismo, dada la volatilidad de los puestos y el carácter más individual y aislado física y temporalmente de las tareas (a diferencia de los obreros, que trabajan todos juntos en el mismo horario y lugar en general durante muchos años) también perjudica, junto a los factores anteriores, al desarrollo de una cultura sindical solidaria y “combativa”. Así las cosas, estos individuos deben enfrentar una gran carga de riesgos por sí mismos, que se traducen según nuestra teoría en temor ciudadano.

La categoría de los comerciantes es de difícil lectura; quizá la posesión por ejemplo de un local comercial u otra forma de capital explique su seguridad relativa, pero es difícil arrojar una conclusión. Los empleados de oficina, situados en torno a la media poblacional, tampoco dan a priori mayores indicios de análisis. Finalmente, los profesionales y técnicos presentan un nivel de inseguridad un poco por encima de la media quizás por que, por una parte, pese a sus probablemente mayores ingresos están en general a merced del mercado en la venta de sus servicios y, por otra, su mayor nivel de especialización con seguridad conlleva un nivel de *aspiraciones de realización personal* más elevado y difícil de satisfacer sobretodo en un mercado subdesarrollado, lo que nos acerca a nuestro próximo punto sobre inconsistencia de status.

²⁵ Realizamos un control por sexo sobre la base de las sospechas levantadas por la alta proporción de mujeres en el sector servicios, que podría volver espuria la relación observada en función de la mayor inseguridad que éstas muestran en términos generales: los resultados mostraron una influencia difícil de interpretar, con variaciones muy bruscas y poco sistemáticas pero que no anulaban la relación.

Antes de eso, vale comentar brevemente que las variables de opinión en función de la estructura ocupacional se mueven en forma difícilmente explicable por nuestro modelo y, a decir verdad, en general, y nos las reproduciremos una por una por economía de espacio. Aún así, es importante destacar que nuevamente los empleados de servicio son los que sistemáticamente presentan la visión más negativa; ilustraremos esto comparando la opinión general con la de éstos últimos:

Cuadro 15: Porcentajes de respuesta de mucho aumento según ocupación en servicios, años 1999-2002

<i>Ocupaciones:</i>	% Delincuencia aumentó mucho		% Drogadicción aumentó mucho		% Corrupción aumentó mucho	
	1999	2000	1999	2000	1999	2000
Todas	59.1	68.8	58.6	63.8	57.5	60.4
Servicios	65.8	78.5	66.7	72.6	64.5	71.6

Fuente: Elaboración propia en base a microdatos del Ministerio del Interior

4.6 La inconsistencia de status subrecompensada como generadora de inseguridad (Hipótesis 5)

Las tradiciones psicosociales y sociológicas que mencionamos (las de la incongruencia de expectativas, estatus y cogniciones) suelen tomar el nivel de educación como generador (y buen proxy estadístico) del nivel de aspiraciones y expectativas (Filgueira, 1983); así, la no correlación entre el aumento de la educación y el aumento de los ingresos vuelve difícil la realización de las aspiraciones (sobre todo a nivel de consumo). De hecho, es la inconsistencia de status subrecompensada (ingresos menores que educación) la que es pertinente en nuestro modelo, mientras que la inconsistencia de status sobrercompensada no debería ser un factor clave, en cuanto a que no es característico de ese caso el factor estresante del riesgo futuro como si lo es para aquellos cuya economía subjetiva está permanentemente en crisis (al estar permanentemente debajo de las aspiraciones).

Procederemos en nuestro análisis generando cuadros de doble entrada que comparen por una parte rangos de educación y por otra rangos de ingreso, viendo cómo se comportan las variables dependientes (temor y opinión de deterioro social) para los casos acumulados en función de las variables independientes (educación e ingresos combinados). Esta metodología no es más que una imitación de la que llevara adelante Carlos Filgueira (1983), pero desafortunadamente en nuestro caso no logramos construir cuadros con una cantidad de celdas satisfactoria. Así, Filgueira desarrolla cuadros de 5 celdas por cinco celdas, donde se puede apreciar de mejor manera el avance conjunto de ambas variables. Luego se observa de qué manera se comportan las variables dependientes en las distintas celdas, de forma de corroborar si en efecto la inconsistencia de status explica el comportamiento de la variable (en el caso de Filgueira, si baja la fecundidad en las casillas inconsistentes; en nuestro caso, si sube el temor ciudadano).

Representaremos un ejemplo de cuadro estándar de este tipo para poder explicar su lógica y forma de lectura:

Imagen 1: Grado de inconsistencia del status social según combinación de rangos de ingreso y educación (y comportamiento esperado en términos de inseguridad ciudadana)

	Ed. Muy baja	Ed. Baja	Ed. Media	Ed. Alta	Ed. Muy alta
\$ Muy bajo	Consistente (Seguro)	Algo inconsistente	<i>Inconsistente (Inseguro)</i>	<i>Inconsistente</i>	Muy inconsistente (Muy inseguro)
\$ Bajo	<i>Poco relevante*</i>	Consistente	Algo inconsistente	<i>Inconsistente (Inseguro)</i>	<i>Inconsistente</i>
\$ Medio	<i>Poco relevante</i>	<i>Poco relevante</i>	Consistente	Algo inconsistente	<i>Inconsistente (Inseguro)</i>
\$ Alto	<i>Poco relevante</i>	<i>Poco relevante</i>	<i>Poco relevante</i>	Consistente	Algo inconsistente
\$ Muy alto	<i>Poco relevante</i>	<i>Poco relevante</i>	<i>Poco relevante</i>	<i>Poco relevante</i>	Consistente (Seguro)

**Para nuestra teoría: no así para otras.
Fuente: Elaboración propia.*

El eje central del cuadro es el de los casos consistentes, en los que coincide el nivel educativo alto o bajo con un ingreso también alto o bajo respectivamente, y que deberían presentar niveles de seguridad comparativamente altos (o, mejor dicho, la inseguridad debería aumentar al alejarse de ellos, así como la fecundidad reducirse).

Así, todas las casillas que van de la diagonal consistente hacia arriba implican niveles de inconsistencia de status subrecompensada (considerando como dispusimos las variables independientes en los ejes de nuestro cuadro), y deberían presentar mayor temor (y menor fecundidad en la teoría reseñada). Los casos sobrercompensados no son a priori de mayor interés para nuestra teoría (y como señalamos en el marco teórico tampoco demostraron responder bien al modelo planteado por Filgueira), si bien son plenamente relevantes para un modelo de inconsistencia de status puro (y en tal caso son y deben comportarse en forma simétrica a las otras).

Lo cierto es que el comportamiento esperado para la primera fila (que comienza con la consistencia de ingresos y educación muy baja y termina en la inconsistencia de ingresos muy bajos y educación muy alta) sería el de niveles de inseguridad crecientes de un extremo a otro. Asimismo, los niveles de inseguridad observados deberían ser decrecientes en la última columna, que comienza con la inconsistencia de ingresos muy bajos y educación muy alta, terminando cuando esta educación muy alta es consistente con ingresos muy altos.

Por último, sería relevante agregar al cuadro ejemplo una fila que muestre los valores de la variable dependiente para los totales de cada rango de educación, y una columna que haga lo propio con los ingresos, de manera de poder observar si la consistencia entre ambas variables en efecto aporta mayor explicación que el efecto aislado de cada una.

Nuestros datos no obstante no nos permiten construir cuadros de 5x5; en primer lugar, contamos con sólo 4 niveles educativos (Primaria incompleta, hasta tres años de secundaria, de tres años de secundaria hasta secundaria completa, y algún nivel universitario o similar). Por su parte, la variable ingreso presenta cantidades muy altas de casos faltantes para los años 1999 y 2000 (en el entorno del 50%), para los que sólo pudimos construir el escalón de más bajo de ingreso (menos de 6.000\$). Así, el próximo cuadro resume los únicos hallazgos posibles para los años 1999-2001, agregando el año 2001 sobre el que nos explayaremos más en el cuadro posterior:

Cuadro 16: Temor ciudadano según relación entre ingresos y educación del sujeto, años 1999-2000

	Primaria incompleta	Hasta 3 años de Secundaria	Secundaria Completa	Algún nivel universitario o similar
Menos de 6.000\$, 1999	-	0,95	0,98	1,20
Menos de 6.000\$, 2000	0,65	0,91	1,10	1,07
Menos de 6.000\$, 2001*	1,23	1,67	1,78	-

**Los ingresos para el 2001 son de todo el hogar, no de los sujetos; además, los datos presentan las dificultades de comparación señaladas en 4.3*

Nota: eliminamos los datos de las casillas con N inferiores a 20 casos

Fuente: elaboración propia en base a microdatos del Ministerio del Interior

El cuadro nuevamente resume la cantidad promedio de respuestas extremas a nuestras variables de temor. Nótese que contempla varios años, por lo que la dimensión vertical no tiene significado de inconsistencia; sólo lo tiene la horizontal, que presenta en todos los años la tendencia ascendente que esperábamos del punto de vista teórico. Además, al despegar estas variables en diciembre del 2001, lo hacen sistemáticamente en la cuantía más alta de todas las variaciones que hemos observado; esto no obstante puede solamente ser una característica del escalón más vulnerable de ingreso (que en términos relativos es el que sufre más riesgos, al estar cerca de la exclusión) más que de la inconsistencia de status.

En los años 2001 y 2002 si disponemos de buenas series de información sobre ingreso, pudiendo construir cuadros incluso de 5x4 (sólo 4 rangos educativos); no obstante, la muestra no es tan grande como para que en tantas celdas se acumulen siempre cantidades satisfactorias de casos en las categorías menos comunes. Para optimizar la cantidad de casos por celda, llevándola salvo muy contadas excepciones a cantidades claramente superiores a los 50 casos por celda, tuvimos que reducir a tres los niveles de ingreso, generando cuadros de 3x4, aunque aún así perdimos las celdas menos comunes. Dada la estructura de los datos, la tricotomización de la variable ingreso se hizo observando la distribución en deciles de la población; siendo que el primer escalón ya acumulaba 4 deciles de ésta, se intentó que los otros dos escalones comprendieran 35 percentiles cada uno. No obstante, los datos no eran intervalos sino por categorías, por lo que este ajuste no fue exacto, logrando que en ambos casos (2001 y 2002) el segundo escalón comprendiera una cantidad similar pero un poco inferior a 4 deciles. La estructura de las categorías de ingreso finales (menos de 6.000 pesos, entre 6.000 y 16.000 y más de 16.000) es entonces más cercana a 4, 4 y 2 deciles de la más baja a la más alta.

El mayor problema de la pequeñez de los cuadros es el hecho de que se pierda la interpretación de la diagonal que los atraviesa, pudiendo de todas formas leerse la tendencia esperada a través del movimiento sobre la primer fila y la última columna, así como las casillas extremas de éstas que serían los extremos de la diagonal.

Incluimos en todos los casos los valores totales para cada variable, tanto para su análisis individual como para su comparación con el cuadro interno.

Cuadro 17: Resumen promedial de respuestas de preocupación muy frecuente a las preguntas de temor según rangos educativos individuales y de ingreso del hogar, 2001

<i>Educación</i>	Primaria incompleta	Hasta 3 años de Secundaria	Hasta Secundaria Completa	Algún nivel universitario o similar	<i>Total ingreso</i>
<i>Ingresos</i>					
6.000 o menos	<i>consistente</i> 1,23	1,67	1,78	<i>inconsistente</i> -	1,55
Entre 6 y 16.000	1,46	1,6379	1,3394	1,2973	1,45
Más de 16.000	- <i>inconsistente</i>	-	1,2973	0,9492 <i>consistente</i>	1,00
<i>Total educación</i> ²⁶	1.26	1.59 ²⁷	1.48	1.11	

Nota: eliminamos los datos de las casillas con N inferiores a 20 casos

Fuente: elaboración propia en base a microdatos del Ministerio del Interior

Son cuatro las cosas que nos interesa destacar de este cuadro; el comportamiento aislado de la variable ingreso (a), el comportamiento aislado de la variable educación (b), el comportamiento de los extremos de status consistente (c), y la inconsistencia de status a lo largo del primer nivel de ingreso (e):

- Las respuestas de temor aquí resumidas claramente muestran una tendencia decreciente a medida que asciende el ingreso (última columna), cosa que leemos como una mayor capacidad de comprar seguridad en el mercado y controlar riesgos de esta forma. Esta tendencia se mantendrá también rigurosamente en los cuadros que analizan la evolución de las opiniones. En suma, el crecimiento del ingreso es reductor de la inseguridad.
- La tendencia a medida que avanza la educación no es tan clara, aunque el efecto final parecería de reducción, si bien las casillas intermedias presentan los valores más altos con una tendencia de reducción entre la más baja y la más alta de estas (pero que no se mantiene si observáramos la población total; este es el caso más anómalo, puntuando 1.41 y 1.44 respectivamente en esa población). Más adelante veremos que sucede algo similar en los cuadros sobre opinión de crecimiento de la delincuencia.
- Cambiando el eje de lectura, las dos celdas que presentan los menores niveles de inseguridad son las dos celdas más consistentes del punto de vista del status. Es menester observar que en el caso de la educación e ingresos altos no es posible afirmar con certeza que esto sea más fruto de la consistencia que del efecto sencillamente aditivo de la educación y el ingreso, cuya tendencia también es hacia la baja. En

²⁶ Dado que la variable ingreso presenta una proporción de casos faltantes mucho más alta que la educación (casi sin casos faltantes), el N en cuestión varía significativamente según se tomen todos los casos cubiertos sólo por la variable educación (o sea, su efecto sobre la población en general) o si se toman sólo los casos con valores en ambas variables (o sea, que figuran en una de las celdas). Los segundos son los relevantes para el análisis de la inconsistencia de status (a la hora de comparar con el efecto aislado de las variables); los primeros, son los verdaderamente válidos para emitir juicios sobre el comportamiento de la variable para la población en general. No obstante esto, trabajaremos sólo con los que son útiles también para el análisis de la inconsistencia, de forma de no analizar sistemáticamente dos series de datos. Esta decisión oculta el hecho de que en algunos casos los valores presentan una variación de importancia, si bien en general las tendencias se parecen mucho. Los valores totales del ingreso en cambio prácticamente no varían de una población a otra (sin sobrepasar en las lecturas porcentuales a variaciones de un 0.1% o de 0.01 en el caso del resumen de las variables de temor) dado que, siendo que prácticamente no hay casos faltantes en la variable educación, las poblaciones son casi idénticas (siempre están determinadas por los casos disponibles en el campo ingreso). La lectura de la variable ingreso entonces no presenta problema alguno ni en un sentido ni en otro.

²⁷ Este valor no es un error como podría parecer al arrojar un resultado menor que la media de las dos casillas superiores; sucede que si bien los casos de la celda anulada eran poco menos que veinte, su valor era excesivamente bajo.

cambio, lo inverso es verdad para los ingresos y educación bajos, donde la consistencia aparece como reductora del temor siendo que mientras la tendencia sobre todo el ingreso es hacia la alta en su primer celda, el valor de la celda consistente es menor que el de ambas celdas generales (educación baja e ingreso bajo). Incluso parecería que el patrón hacia la baja del primer nivel educativo es fruto de la amplia concentración de casos en esta celda. Por su parte, el patrón de las celdas adyacentes a las celdas consistentes es siempre el esperado.

- d) Finalmente, el comportamiento de la primer fila, al menos en las tres celdas disponibles, mantiene claramente el patrón esperado teóricamente, es decir, que la inseguridad aumenta a medida que crece la educación quedando congelados los ingresos, como ya habíamos mostrado en el cuadro 16.

Las variables de opinión se mueven con quizá menor arreglo al modelo, aunque sobre todo en el caso del nivel educativo más alto la tendencia permanece. Empecemos por la opinión de aumento de la delincuencia según rangos de ingreso del hogar y educación del sujeto para el año 2001:

Cuadro 18: Opiniones de mucho aumento de la delincuencia según rangos de ingreso y educación, 2001

<i>Educación</i>		Hasta 3 años de Secundaria	Hasta Secundaria Completa	Algún nivel universitario o similar	<i>Total ingreso</i>
<i>Ingresos</i>	Primaria incompleta				
6.000 o menos	<i>consistente</i> 60.3%	65.4%	60.0%	<i>inconsistente</i> 65.0%	62.8
Entre 6 y 16.000	65.4%	56.3%	68.4%	45.3%	58.7
Más de 16.000	- <i>inconsistente</i>	-	31.6%	33.9% <i>consistente</i>	38.8
<i>Total educación</i>	60.9%	61.8%	59.5%	43.5%	

Nota: eliminamos los datos de las casillas con N inferiores a 20 casos

Fuente: elaboración propia en base a microdatos del Ministerio del Interior

En primer lugar, la variable ingreso vuelve a cumplir el rol reductor de la variable dependiente (ver última columna), mientras que la variable educación sólo tiene un efecto reductor claro en el nivel más alto (ver última fila). No obstante esto, si bien los que tienen educación alta sólo responden enfáticamente en un 43.5 por ciento de los casos, aquellos que además tienen ingresos bajos lo hacen en un 65.0 por ciento de los casos, cifra también marginalmente mayor al 62.8% de aquellos que tienen ingresos bajos. Nuevamente entonces el efecto de la inconsistencia en el estrato de educación más alto es claro y significativo para nuestra teoría, sin que se puedan extraer muchas conclusiones más que éstas.

Como vemos, la situación es bastante similar 2002 (aunque todos los valores se disparan en función de la crisis):

Cuadro 19: Opiniones de mucho aumento de la delincuencia según rangos de ingreso y educación, 2002

<i>Educación</i>	Primaria incompleta	Hasta 3 años de Secundaria	Hasta Secundaria Completa	Algún nivel universitario o similar	<i>Total ingreso</i>
<i>Ingresos</i>					
6.000 o menos	<i>consistente</i> 75.0%	79.5%	80.3%	<i>inconsistente</i> 82.6%	79.0%
Entre 6 y 16.000	76.5%	76.9%	81.0%	71.8%	77.0%
Más de 16.000	- <i>Inconsistente</i>	-	73.7%	55.3% <i>consistente</i>	65.6%
<i>Total educación</i>	75.7%	78.4%	79.7%	68.8%	

Nota: eliminamos los datos de las casillas con N inferiores a 20 casos

Fuente: elaboración propia en base a microdatos del Ministerio del Interior

Aquí nuevamente el ingreso y la educación se comportan uno con una reducción sostenida y el otro con una reducción clara sólo en el último nivel. Asimismo, el comportamiento de los altamente educados pero mal remunerados es otra vez el que esperamos teóricamente (en cuanto a sobredeterminado por lo inconsistencia).

La situación se modifica un poco en el caso de la opinión de incremento de la drogadicción, donde ahora la educación cumple claramente un rol de reducción de las opiniones negativas igual que el ingreso:

Cuadro 20: Opiniones de mucho aumento de la drogadicción según rangos de ingreso y educación, 2001

<i>Educación</i>	Primaria incompleta	Hasta 3 años de Secundaria	Hasta Secundaria Completa	Algún nivel universitario o similar	<i>Total ingreso</i>
<i>Ingresos</i>					
6.000 o menos	<i>consistente</i> 66.1%	62.7%	55.9%	<i>inconsistente</i> 68.4%	62.2%
Entre 6 y 16.000	64.0%	57.3%	61.5%	42.6%	56.0%
Más de 16.000	- <i>inconsistente</i>	-	27%	38.5% <i>consistente</i>	38.9%
<i>Total educación</i>	64.4%	60.6%	53.6%	44.6%	

Nota: eliminamos los datos de las casillas con N inferiores a 20 casos

Fuente: elaboración propia en base a microdatos del Ministerio del Interior

Es sumamente importante destacar como nuevamente la educación alta responde muy bien al modelo; incluso los escalones anteriores parecen mantener la tendencia de la educación, revirtiéndose fuertemente en el nivel más alto – mientras que en la población en general la tendencia es sostenida. Asimismo, la casilla inconsistente muestra un desfase en su comparación con los totales generales aún mayor que en los casos anteriores.

El comportamiento de esta variable de opinión de mucho incremento de la drogadicción es también similar en 2002 (donde como ya señalamos se disparan los valores tras la crisis):

Cuadro 21: Opiniones de mucho aumento de la drogadicción según rangos de ingreso y educación, 2002

<i>Educación</i>		Hasta 3 años de Secundaria	Hasta Secundaria Completa	Algún nivel universitario o similar	<i>Total ingreso</i>
<i>Ingresos</i>	Primaria incompleta				
6.000 o menos	<i>consistente</i> 76.3	72.3	73.8	<i>inconsistente</i> 76.2	73.6
Entre 6 y 16.000	72.4	72.0	60.6	56.0	64.3
Más de 16.000	- <i>inconsistente</i>	-	61.3	48.6 <i>consistente</i>	55.8
<i>Total educación</i>	75.3	71.7	64.2	57.1	

Nuevamente los universitarios de escasos ingresos exhiben una opinión mucho más negativa que los universitarios en general y las variables educación e ingreso se comportan como en el año anterior.

Cerrando el análisis de esta sección, resulta en primer lugar muy claro que el incremento del ingreso es un buen predictor de la inseguridad, cosa muy afín a nuestro marco principalmente en lo que hace al control de riesgos, mientras el comportamiento de la educación es menos claro pero no contrario a nuestro modelo. El análisis de estratificación no vertical parecería dar indicios adicionales, que además son los más ricos para nuestra teoría, pero desafortunadamente no pudimos construir un modelo de inconsistencia de status verdaderamente claro. Nuestra hipótesis 4 no queda tan satisfactoriamente demostrada como otras, siendo menester intentar dar pasos de investigación adicionales en esta línea sobre la base de los múltiples indicios aquí encontrados.

4.7 Desintegración y vulnerabilidad familiar (Hipótesis 5)

a) Hipótesis 5.2: A mayor violencia doméstica (como indicador de desintegración familiar), mayor preocupación por el delito.

Cuadro 22: Cantidad promedio de respuestas extremas a las preguntas de temor según violencia doméstica:

<i>¿Presenció actos de violencia doméstica?</i>	<i>1999</i>	<i>2000</i>	<i>2001</i>
Si	1,19	1,24	1,56
No	0,96	0,99	1,29

**Nota: los datos 2001 presentan las dificultades de comparación reseñadas en el punto 4.3
Fuente: Elaboración propia en base a microdatos del Ministerio del Interior*

Nuestro cuadro 22 muestra con elocuencia cómo el temor es sistemáticamente mayor en los casos en los que se presenció violencia doméstica, y siempre por una proporción importante. Esto encierra un cierto riesgo, en cuanto podría ser señal sencillamente de un estado alterado de nervios ajeno a nuestro modelo (en cuanto fruto directo de una situación estresante); por otra parte, algunas teorías como la teoría del conflicto de Coser (1961) pueden poner en duda que la violencia en un grupo social sea sinónimo de desintegración. Aún así, creemos que es muy válido como indicador de al menos sensación de inestabilidad del núcleo familiar, y posiblemente también del nivel de estrés sufrido por el hogar en su conjunto.

Asimismo, esta variable es también un buen predictor de las variables de opinión, como muestra el cuadro 23:

Cuadro 23: Porcentaje de respuestas extremas en las variables de opinión según violencia doméstica, años 1999-2002

¿Presenció actos de violencia doméstica?		
	Si	No
<i>La delincuencia aumentó mucho en...</i>		
1999	62,8%	58,3%
2000	62,8%	69,2%
2001	59,4%	56,5%
2002	80,2%	77,4%
<i>La drogadicción aumentó mucho en...</i>		
1999	65,5%	57,3%
2000	64,0%	63,7%
2001	55,9%	54,9%
2002	65,1%	66,9%
<i>La corrupción aumentó mucho en...</i>		
1999	64,3%	56,5%
2000	67,6%	60,0%
2001	56,2%	49,3%
2002	72,5%	69,2%

Fuente: Elaboración propia en base a microdatos del Ministerio del Interior

Con la excepción de dos casos contrarios a la teoría, la delincuencia en el año 2000 y la drogadicción en 2002, en todos los demás casos la variable tiene un importante poder explicativo. En particular el caso de la opinión sobre el aumento de la corrupción aparece como marcadamente elevado, mientras que en el caso de la drogadicción aparece más atemperado.

b) Hipótesis 5.1: Cuanto mayor peso del componente pasivo del hogar, mayor temor

En lo que hace al problema de activos y pasivos en el hogar, la relación que podemos y hemos decidido observar es la de la inseguridad según presencia de niños pequeños en el hogar. Esto se debe a que los niños pequeños eminentemente representan una responsabilidad adicional, son relativamente incapaces de enfrentar riesgos o generar recursos por sí mismos (y vulnerables ante riesgos que sus padres no logran controlar) y son en sí mismos parte importante de las aspiraciones de realización personal de sus padres. Sólo disponemos de este dato para los años 1999 y 2000.

Cuadro 24: Cantidad promedio de respuestas extremas a las preguntas de temor según presencia de niños menores de 12 años en el hogar, años 1999-2000

Hay niños	1999	2000
Si	1,05	1,12
No	0,93	0,94

Y nuevamente esta variable tiene un alto impacto sobre la opinión de deterioro en el último año de la corrupción y demás variables:

Cuadro 25: Porcentaje de respuestas extremas en las variables de opinión según presencia de niños, 1999-2000

¿Hay niños menores de 12 años?		
	Si	No
<i>La delincuencia aumentó mucho en...</i>		
1999	63,3%	56,2%
2000	73,9%	65,3%
<i>La drogadicción aumentó mucho en...</i>		
1999	61,7%	56,3%
2000	65,7%	62,3%
<i>La corrupción aumentó mucho en...</i>		
1999	61,9%	54,4%
2000	63,1%	58,5%

Fuente: Elaboración propia en base a microdatos del Ministerio del Interior

Este cuadro es importante por que sobre todo controla, gracias a la variación también homogénea de la opinión de crecimiento de la corrupción, la idea de un reduccionismo más sencillo en torno a la fragilidad del niño, que por supuesto opera (y no es contrario a nuestra teoría), pero es más rico al afectar variables como ésta.

En conclusión, los datos afirman bastante enfáticamente a nuestra hipótesis 5.

5-CONCLUSIONES

5.1 Líneas de profundización del modelo empírico

Tras haber concluido nuestra exposición de evidencia empírica, creemos que son muy claros los indicios favorables en lo que refiere al potencial del modelo teórico. Sin embargo, pensando en la investigación como un proceso inacabado, parece necesario como próximo paso buscar un nivel de contrastación más robusto estadísticamente y, ya en un caso ideal, dotado de datos de naturaleza más dúctil a nuestra teoría, siendo que hasta ahora no hemos podido llevar adelante más que una lectura bastante especulativa de los datos.

Desarrollaremos entonces dos familias de problemas distintos en lo que hace al posterior trabajo metodológico que deseamos plantear. La primera refiere a una problemática epistemológica y metodológica de primer nivel que enfrenta nuestro modelo y que es menester intentar superar en un futuro. Podemos dividir este primer eje problemático (a) a su vez en dos puntos. El primero (a.1) consiste en que, al establecer un modelo teórico como el nuestro, el manejo de datos necesariamente se ubica en el extremo menos descriptivo y más teórico-explicativo del espectro de investigación, por lo que la exigencia conceptual de los indicadores tiende a ser alta, siendo lo deseable intentar disminuirla. Por otra parte (a.2), como crítica de corte más bien popperiano, desde nuestro marco se vuelve a veces un poco difícil generar pruebas donde sólo uno de dos resultados sea claramente favorable a la teoría, y además (y en relación a esto) la lectura de tendencias se ha realizado miras más a explorar hasta qué punto el modelo es capaz de interpretar teóricamente tendencias que no necesariamente son pruebas hipotéticas y además se abren con facilidad a otras lecturas. La próxima sección (a) discute estos dos puntos que deben gravitar sobre la agenda metodológica futura.

Una vez discutidos, desarrollaremos en la sección (b) la segunda familia de problemas, que en síntesis refiere a la prosecución del mismo modelo con mejores técnicas, controles y mejor diseño de sistema de variables sobre la base de la exploración de los datos hecha aquí.

a) Crítica y expansión de nuestra operacionalización metodológica

An indicator is a token or symptom of some conditions. Thus, paleness may indicate bad health, and a high unemployment figure a sick economy. There is not such thing as an indicator in itself: every indicator points to, or is a token of, something else. More precisely, an indicator is an observable trait of a thing (physical, biological, social or other) that is rightly or wrongly assumed to point to the value of some other trait, usually an unobservable one, of either the same or a different thing. – Mario Bunge (1975).

Nuestro punto crítico a.1 es que nuestros indicadores muestran, en función del entramado teórico, una relación débil por indirecta con las variables teóricas que se pretende que señalan. Así, cuando un estudioso de la pobreza define a la línea de pobreza como indicador de ésta, se enfrenta a varios problemas de operacionalización concreta y definición teórica y normativa que son comparativamente fáciles de resolver. De esta forma, varios investigadores pueden definir distintos niveles de ingreso como “mínimos aceptables”, y también distintas formas para medir los mismos mínimos (el valor monetario total de una canasta básica y/o acceso a mínimos servicios) para llegar a un su indicador de la pobreza, pero en todos los casos mientras ésta sea definida en términos de privación material la relación conceptual entre el indicador (en nuestro ejemplo, personas con un ingreso considerado excesivamente bajo) y la pobreza (definida como la suma de sujetos viviendo en condiciones de privación²⁸) es teóricamente sólida y difícil de discutir.

²⁸ Por supuesto esta simplificación de los estudios de la pobreza cumple funciones ilustrativas, pudiendo estos enfoques ser más complejos y menos descriptivos. Así, Kaztman (CEPAL, 1996) y otros han trabajado sobre el

En nuestro caso, la mayoría de las relaciones son en cambio claramente de segundo e incluso tercer grado. De esta forma, el indicador "personas que presencian violencia doméstica" indica según suponemos hogares inestables (primer grado de operacionalización teórico-metodológica – y por tanto primer eslabón de crítica metodológica), y es recién este indicador de segundo grado - el "hogar inestable" - el que indica peor balance de medios y capacidad de control de riesgos, la variable teórica independiente (segundo eslabón lógico pasible de crítica). Así, son en este caso son tres los componentes y no dos como en el ejemplo de la línea de la pobreza, y cada paso es además más exigente en sus supuestos. Este problema se vuelve además de mayor gravedad cuando interpretamos distintas tendencias de distintas variables en el tiempo, en cuyo caso las cadenas conceptuales pueden volverse extremadamente largas y la lectura de los datos por tanto sumamente especulativa.

Esto es de hecho en cierta medida inevitable y propio de los modelos explicativos (en oposición a los descriptivos), pero es no obstante necesario no contentarse con esta afirmación y fortalecer nuestra investigación mediante la selección y construcción de indicadores lo más directos posible, reduciendo esta debilidad actual del manejo empírico.

Nuestra segunda crítica (a.2) es de indole popperiana y está también relacionada con el problema de estas cadenas causales largas. Esta consiste en que se hace a veces difícil desde nuestra teoría operacionalizar controles estadísticos que funcionen claramente como *test*, es decir, que abran dos caminos claramente excluyentes entre sí y, sobre todo, que uno claramente refute a la teoría y el otro no. Por supuesto hemos evitado este problema de circunvalación teórica con la mayor rigurosidad posible; aún así, algunas partes de la teoría son difíciles de operacionalizar sin caer en ambigüedades. Como ejemplo extremo de esta forma de especulación desde nuestra teoría, si cruzáramos el nivel de temor por el nivel educativo, podríamos llegar a dos hipótesis válidas que cubran cada caso del test: la hipótesis de que la educación otorga una mayor capacidad de control de riesgos (Beck, 1986), haciendo disminuir al temor, sería válida; y también podría haber sido válida la de que es una medida de aspiraciones crecientes que, incluso acompañadas por el ingreso (o sea sin inconsistencia) operan negativamente en un entorno subdesarrollado.

Esto es un defecto de importancia y debe ser combatido, tratando de reducir los niveles de especulación. Sin embargo, es menester defender nuestro ejercicio de lectura de datos, apuntando ahora a una conclusión general sobre la lectura de los indicadores de inseguridad (e indicadores en general), donde estas dificultades son superadas sólo en apariencia por lecturas más directas de los indicadores. Así, si la cadena que separa al indicador de la variable indicada es en nuestro esquema larga, suele en otros ser en exceso corta, lo que puede cambiar totalmente el sentido de una afirmación teórica.

Apliquemos entonces esta crítica por ejemplo a Seymour Lipset et al. (2001), quienes explican los niveles de corrupción de distintos países con arreglo a un modelo medios/fines mertoniano (Merton, 1972). Según su modelo, aquellos países con un mayor nivel de desfásaje generalizado entre medios y fines (medios menores que fines) presentarían mayor cantidad de conductas desviadas hacia actos de corrupción como forma de adaptación individual (y optimización de ganancia personal). Sin embargo, sus indicadores son las opiniones de incremento de la corrupción, que son tomadas directamente como indicador de la corrupción "real", haciendo una cadena en exceso corta. Desde nuestra teoría podemos leer estos hallazgos en cambio como percepción y construcción social del mundo en cuanto corrupto como fruto de una estructura de desfásaje entre medios y fines referida exclusivamente al sentir de la población²⁹, que no tiene porqué significar que además esos países sean más corruptos – la

concepto de marginalidad social, para cuya medición el indicador de la línea de la pobreza es débil y otros son de mayor utilidad (como las medidas de capital social).

²⁹ Esto por supuesto no significa que la delincuencia y la corrupción no puedan explicarse satisfactoriamente con arreglo al modelo mertoniano. Tampoco así a Pucci y Trajtemberg (2006), quienes realizan un modelo criminológico también en algo análogo al nuestro, al tomar en cuenta el riesgo como variable de cálculo individual pero para explicar la propensión a delinquir. Las relaciones entre ambos abordajes podrían incluso converger teóricamente, pero esta potencial línea es mucho más compleja de lo que parece a simple vista, y no

simpleza en la lectura del indicador que hace Lipset no es entonces preferible a una que asuma cadenas causales de segundo grado. De la misma forma, parece arriesgado asociar los indicadores de opinión de incremento de la delincuencia a la delincuencia en sí misma, sin darles el valor adicional que revisten desde un abordaje que los lea como señales de una inestabilidad general.

Así nuestra lectura de datos es en buena medida (y no por accidente sino por esfuerzo teórico) de estructura paradigmática en el sentido de Kuhn (19xx), de cuya compleja concepción de los “paradigmas” nos interesa destacar la idea del mantenimiento de éstos en cuanto “válidos” en función de su fertilidad antes que su descarte inmediato por la aparición de un ejemplo contrario a lo esperado. De hecho, la falta de paradigma explicativo es peor a un paradigma explicativo que presenta anomalías, dado que el segundo permite leer y explicar tendencias mientras que sin paradigma es imposible escapar de la descripción, e incluso ésta misma es difícil siendo que siempre descansa sobre un principio de selección de información relevante de acuerdo a algún criterio. Estos problemas paradigmáticos afectan en buena medida el análisis de los indicadores de inseguridad ciudadana, que según la bibliografía no son el efecto del delito pero tampoco son efecto de otras causas intelegibles, con lo cual su lectura carece de una interpretación clara.

Así, creemos que nuestro trabajo reviste interés como principio de ordenamiento de la empiria, manifestando capacidad de ordenar la información externa y que debe ser descartado sólo tras agotar esa capacidad más que por cierta falta de claridad de los *tests* – que además en casi ningún caso representan ejemplos en contra. Nuestras hipótesis operativas sirven entonces como herramientas teóricas para explorar la empiria y testear sólo parcialmente la teoría, viendo puntos más débiles o más fuertes de la misma y sugiriendo cambios parciales que lleven de a poco a un modelo global más pulido y de mejor adecuación a la “realidad” estadística.

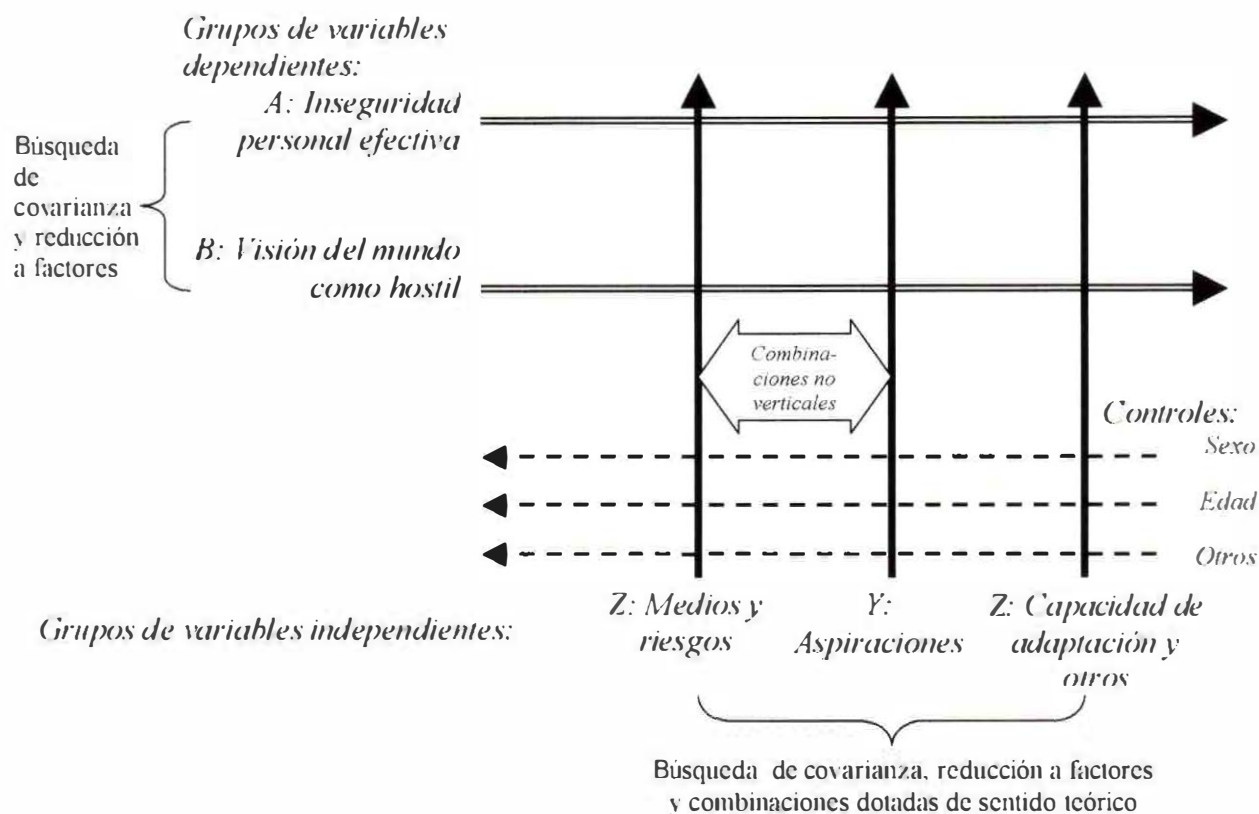
b) Hacia un segundo modelo de análisis estadístico

En función del marco teórico que hemos desarrollado, y la exploración de datos e hipótesis realizada, estamos en condiciones de pensar un nuevo diseño general de relaciones de variables teóricas y operacionales. Las consideraciones epistemológicas y metodológicas del punto anterior nos permitirán observar las dificultades y desafíos que el nuevo diseño acarrea.

Realizaremos este diseño ahora bajo el supuesto de que podemos generar datos primarios, con lo cual la selección de variables explicativas se abre a nuevas posibilidades teóricas. La imagen 2 resume el esquema de análisis:

necesariamente cuaja en forma coherente o parsimoniosa. Por esos motivos no la hemos desarrollado al menos por ahora. Vale aclarar que también el clásico enfoque mertoniano es en varios puntos similar al nuestro (y a los de inconsistencia de status) y formó parte de nuestra revisión teórica, pero finalmente no nos pareció necesario tomar partes de él para construir nuestra teoría.

Imagen 2: Modelo de análisis estadístico



Descompongamos los dos primeros grupos a modo de ejemplo de la composición más cuidadosa que habría que hacer de éstos:

Grupo A: La preocupación efectiva por sufrir perjuicios en función de las dinámicas estudiadas, que podría incluir el temor de sufrir perjuicios por otras dinámicas además del delito (como por actos de corrupción, o incluso el temor a que miembros del núcleo familiar caigan en la drogadicción), y cuya reducción estadística debe empero ser más cuidadosa que la que hemos hecho hasta ahora (así, quizá el temor a daños morales, como el asalto sexual, se comporte distinto al temor a daños económicos, como el robo a la casa vacía en la base de datos que hemos analizado), pudiendo llegar a más de un factor o índice resumen de subdimensiones conceptuales de este temor.

Grupo B: Este grupo debería incluir más variables de las que hemos manejado (incremento de la delincuencia, drogadicción y corrupción) como por ejemplo la imagen de incapacidad de los órganos encargados de mantener el orden, o bien la percepción de hacia los débiles (como la violencia a los niños y los ancianos), siendo reducidas en función de sus formas de variación y nuevamente construyendo subdimensiones donde sea teórica y empíricamente concluyente. Asimismo, es importante asegurar que en efecto los componentes del grupo A y los del grupo B sean independientes.

En forma similar habría que proceder con los otros grupos de variables, donde Z resume los relacionados a las *chances de realización*, como ingresos, acceso a salud y seguridad social, estabilidad de la vivienda, etc. Por su parte, Y representa las aspiraciones que relativizan la estabilidad de una posición, hasta ahora estudiadas sólo mediante la variable educación pero que pueden ser operacionalizadas de forma más compleja, construyendo nuevos indicadores (y que quizá eviten el problema de que la educación comporta un activo además de un nivel de aspiraciones).

Aquí no sólo son necesarios muchos controles mutuos sino la creación de combinaciones que permitan análisis no verticales (Filgueira, 1983) de los datos, de los que los modelos de inconsistencia de status son un caso claro pero aún así es posible diseñar otros indicadores de esta índole (nuestra lectura de los promitentes compradores es un ejemplo de esto, donde desde un análisis vertical de la estratificación); claro está, en caso de en un futuro generar datos primarios intentar construir un modelo de inconsistencia es un objetivo de primer orden.

Es necesario pensar en perfiles sociales o subcomponentes de estas dimensiones que permitan hacer *tests* más acotados. Así, en nuestro ejemplo la construcción de un *test* de inconsistencia de status verdaderamente satisfactorio aislaría el componente de control de riesgo de la educación, observando en el *test* casi exclusivamente el efecto de frustración de aspiraciones. De esta forma, las variables independientes podrían ser divididas quizá en perfiles sociales afectados por primeramente por el *riesgo*, y perfiles afectados por la frustración o descontento, pudiendo generar *tests* parciales que permitan volcar la teoría en una dirección u otra, llevando a simplificaciones del marco teórico que lo vuelvan además más sólido.

Finalmente, nuestra imagen 2 incluye un vector de "capacidad de adaptación", por el que queremos referirnos a otras variables que podrían estar en juego y que no han sido analizadas en lo absoluto por ausencia de datos. La primera medida de esto es la variable edad (en función del problema de la socialización primaria y secundaria), pero de hecho muchas variables culturales e incluso políticas podrían implicar una mayor dificultad para adaptarse a la estructura volátil del capitalismo contemporáneo. Así, Bruera y Midaglia (1990) intentaron asociar el temor al tradicionalismo político, suponiendo que este podría ser una variable explicativa. Esto es plenamente coherente con nuestra idea del problema del desfase entre el deseo de mantener un modo vida y la percepción de que no será posible, siendo que los valores tradicionales están en plena transición. Así, también variables como la adhesión a las religiones tradicionales (la católica en el caso uruguayo) u otras expresiones de una moral tradicional (muchas de ellas políticamente de izquierda) podrían implicar sujetos cuyas aspiraciones internalizadas están bombardeadas por cambios permanentes de la estructura cultural que además suelen estar relacionadas al mismo tiempo con cambios socioeconómicos irreversibles, como sucede en el caso de los cambios en los modelos familiares (Filgueira, 1996). Esta línea de análisis cultural abre vetas teóricas y empíricas por entero nuevas³⁰, y también conlleva los problemas epistemológicos y metodológicos que recién señalamos.

Sobre esta línea, más allá de la exigencia sobre los indicadores, el problema de los *tests* es de gravedad notoria en el análisis teórico de estas variables, siendo que es cuestionable si una variable de adhesión política no podría ser también tomada como resumen de capital social y por tanto mejor balance medios/riesgos, y otro tanto se podría decir de las adhesiones religiosas (que además sobre todo en el caso de los practicantes pueden implicar un espacio de contención y guía emocional capaz de compensar el impacto de los golpes). El trabajo de operacionalización metodológica sobre estas variables debe entonces ser muy minucioso si es que se pretende lograr una buena contrastación empírica.

Resulta claro que no es posible llevar adelante este modelo sin generar datos primarios construidos en función de una operacionalización directa del marco teórico. Esta operacionalización incluiría, además de nuevas dimensiones, un esfuerzo por generar variables intervalizables que permitan el empleo sólido de técnicas como el análisis factorial y de regresión. Aún así, esperamos que el empleo de técnicas más sofisticadas que las que hemos usado en esta monografía sobre los ya datos existentes pueda arrojar conclusiones más sólidas y mejores *tests* que los actuales. También existen muchas variables en los sondeos actuales que podrían ser de utilidad y que no han sido aún empleadas, como por ejemplo la diferencia entre el entorno altamente urbano de Montevideo y suburbano de Canelones, que podría revestir utilidad teórica.

³⁰ En un trabajo anterior (Domínguez, 2003) realizamos entrevistas cualitativas donde estos temas jugaban un rol preponderante; no hemos podido trabajarlas a nivel cuantitativo y macrosocial.

5.2 Líneas de avance teórico y problemas empíricos aún sin responder

a) La racionalidad del temor y la integralidad de la seguridad

Hemos sustentado que las posiciones más inestables presentan mayores niveles de temor. En vez de reducir el temor al pánico irracional de los actores, es bueno subrayar que esta preocupación por el delito tiene un componente desde cierto punto de vista racional-optimizador: en efecto, *el delito es más peligroso para estos sujetos*. Parte del problema de la “sensación térmica” es que justamente no existe una peligrosidad “objetiva” única, sino que ésta es relativa a situaciones estructurales de vulnerabilidad que ni siquiera dependen directamente del nivel de ingreso o socioeconómico en cuanto tales. Así, sin necesidad de que aumente la delincuencia, basta con que proliferen posiciones estructurales frágiles para que su peligrosidad relativa crezca y con ella el estado de alerta; lo que sucede de hecho al retraerse los sistemas de seguridad. De la misma forma, el punto en que una práctica deja de ser “aceptable” para empezar a ser “corrupta” no es tampoco un valor absoluto, sino que es relativo a las oportunidades imperantes en el mercado (el nepotismo es entonces “más indignante” cuanto más difícil sea conseguir trabajo considerado “digno”).

Por supuesto, las dimensiones conceptuales que manejamos en nuestras variables sobre el temor a la delincuencia exceden al cálculo racional económico directo con información perfecta. En otras palabras, si bien es verdad que el costo económico de un robo se vuelve más elevado por la inestabilidad personal relativa (por ejemplo, en función de la vivienda), esta lógica claramente no es aplicable a la mayoría de las dimensiones tratadas para ese mismo ejemplo, notoriamente en el caso del asalto sexual, cuyos costos nada tienen de económicos y no deberían variar en función de una variable en última instancia económica (la vivienda).

Tenemos entonces que tomar al temor ciudadano o bien como mecanismo de reducción de la complejidad de riesgos no tajantemente separados en el flujo mental de un individuo (solución aún racional), o bien pensar en otros mecanismos psicológicos de desplazamiento irracional (opción que nos atrae menos).

De esta manera, la preocupación por la seguridad ciudadana puede ser síntesis de la estructura general de riesgos, y constituirse como vehículo discursivo idóneo al reducir la complejidad de ésta estructura en la interacción cotidiana, en la que los interlocutores lisa y llanamente no tendrían el tiempo necesario para dar cuenta de (y exponer ordenadamente) la otra estructura más compleja (en el caso de que cuenten con una construcción para abordarla). Además, dar cuenta de esa estructura implica la emisión de juicios sobre la realidad que pueden generar rozamientos en la interacción, por ejemplo, al criticar un modelo económico impulsado por un partido político del que el otro interlocutor podría ser partidario, o bien revelar la propia frustración o ansiedad.

Es en este sentido que la inseguridad ciudadana puede ser vista como un vehículo típico de la tensión, dado que se trata de un riesgo no neutralizable cuyo discurso carece de actores sociales que se le opongan organizadamente³¹ y que afecta (si bien diferencialmente) a todos los habitantes de una urbe; así las cosas, la estructura y función cotidiana del discurso sobre la delincuencia es similar al discurso sobre el clima y el estado del tiempo: común a todos, consensual e incluso útil para poder interactuar significativamente sin comprometer en absoluto la propia privacidad.

Sobre esta línea es pensable un trabajo empírico de gran interés y en todo opuesto al aquí ensayado. En este caso, sobre la base de entrevistas cualitativas se podrían rastrear las distintas imágenes tipificables que vuelven al discurso fácilmente vehiculizable. En una versión preliminar de este mismo trabajo (Dominguez, 2003) realizamos una serie de entrevistas cualitativas que

³¹ Los jóvenes de escasos recursos carecen de capacidad para organizarse en contra de la cruel estigmatización que sufren a raíz de esta dinámica, y tampoco es común que alguien se oponga en el discurso cotidiano a la peligrosidad de “la calle”. En cambio, otros grupos afectados por dinámicas de este tipo sí pueden organizarse y discutir cotidianamente, como los jóvenes consumidores de marihuana o los homosexuales.

inspiraron el modelo teórico general de esta monografía pero que desafortunadamente no fueron pensadas con miras a este objetivo. Aún pese a esto, de su análisis pudimos desprender varias imágenes y formas conceptuales que son las que permiten articular este flexible discurso, que tiende a recurrir sistemáticamente a los puntos más oscuros posibles en los que el disenso no tiene sentido y el conocimiento claro y sólido no es posible. Un ejemplo paradigmático de esto es la idea de que el crimen no sube en cantidad si no que es su naturaleza más violenta y arbitraria la que lo vuelve más grave, donde al criminal se le adjudican vacíos de socialización que lo vuelven casi irracional (el temor al joven de clase media drogadicto es típico de esta preñación)³².

Más allá de esta línea, lo inmediatamente interesante para nuestra monografía es el clima emocional general implicado detrás del recurso sistemático a este tipo de discurso.

b) La integralidad de la seguridad y la complementariedad aditiva de los vehículos de tensión

Es posible concluir de todo lo hasta ahora dicho en la monografía que la seguridad como fenómeno social reviste un carácter ciertamente integral sobre la base de dos argumentaciones distintas: primero, que los riesgos se acumulan y potencian mutuamente, por lo que no están aislados causalmente; segundo, que estos no están tampoco tajantemente separados en la vivencia cotidiana, y mucho menos en la construcción cotidiana de la realidad social³³.

En síntesis, es necesario apuntar a una teoría capaz de aunar coherentemente las distintas dimensiones de la seguridad, aceptando sus diferencias pero analizando también su movimiento general (PNUD 1998 llega a una conclusión similar).

En virtud de esta integralidad de la seguridad, es posible también pensar en una complementariedad aditiva de los discursos que canalizan la tensión, y que puede por ejemplo intentar explicar el estallido de inseguridad que Uruguay atraviesa hoy sin necesidad de asumir que la delincuencia haya crecido drásticamente en cuestión de un año y medio.

Por supuesto, que la inseguridad sea en cierta medida endémica a los procesos de cambio social, y en particular a la retracción de la seguridad social, nos dice que la presencia del problema de la “sensación térmica” en este último par de décadas tiene mucho que ver con la aplicación de políticas liberales durante cerca de 40 años, pero no porque se da una explosión concreta. Tampoco hemos explicado porque nuestros datos registran una importante suba de la inseguridad en el año 2000, que siendo claramente menor que la pautada por la crisis económica, es claramente palpable.

Una respuesta tentativa, aunque un tanto sistémico-teleológica, es que de alguna manera los distintos vehículos discursivos plausibles comparten una misma tensión y expectativas sociales, y (como señala nuestra segunda hipótesis general) en distintos momentos son unos los que la canalizan y no otros en función de la coyuntura. Así, tanto el 2000 como la actualidad son periodos poselectorales, lo que permite suponer que fueron precedidos de una *fuga hacia delante* canalizadora de tensión y expectativas de un futuro mejor – un vehículo de tensión según nuestra teoría. Una vez asumido el nuevo gobierno (y tras el mundo no trastocarse de súbito en un lugar mejor), este vehículo discursivo se deshace, mientras que la tensión social generada por el nivel

³² Los resultados de nuestro análisis preliminar eran de todas formas de interés; no los incluimos aquí porque implicaba alejarnos de la línea argumentativa general hacia otra que además como dijimos claramente requiere de más y sobre todo mejores entrevistas de las que disponemos. Aún así, queda como deuda para un desarrollo posterior. Por su parte, Morás (1992) realizó un trabajo de análisis de discurso sumamente útil en este sentido, al observar discursos típicos a lo largo de este siglo – si bien por supuesto no de entrevistas o grupos de discusión sino de la prensa y el parlamento.

³³ En este punto es útil imitar a Habermas (1989) en su concepción de la sociedad como *mundo de la vida* (en sentido fenomenológico) y como sistema al mismo tiempo, lo que nos habilita a compatibilizar nuestra determinación de nivel de prevalencia de posiciones sociales estructuralmente inestables y de la volatilidad del sistema con la forma en que la realidad social es luego construida intersubjetivamente y en que el pensamiento fluye individualmente.

global de riesgo permanece y necesita otro canal. La delincuencia siempre está presente para cumplir esta función.

6-BIBLIOGRAFÍA

Anderson (1959), *Sociología de la Comunidad Urbana*.

Aronson, E. (1995), *El animal social*.

Arriagada, I. y Godoy, L. (2000), “*Prevenir o reprimir: el falso dilema de la seguridad ciudadana*” en *Revista de la CEPAL* N°70, Abril de 2000, Santiago de Chile.

---- (1999), “*Seguridad ciudadana y violencia en América Latina: diagnóstico y políticas en los años noventa*” en Serie Políticas Sociales, N° 32, CEPAL, 1999.

Bayce, R. (1995), “*Las cuatro realidades: material concreta, ideal simbólica, hiperrealidad y virtual (el rol de los “media” en su construcción social)*”, en (comps.) Joaquin Rodríguez Nebot y José Portillo, *Medios de comunicación y vida cotidiana*; Goethe Institut, Montevideo.

----(1990), “*Drogas, prensa escrita y opinión pública*”. Montevideo, Instituto de Ciencias Sociales-PNUD-Foro Juvenil, Fundación de Cultura Universitaria, 1990.

----(1990), “*La Violencia en el Uruguay de hoy*”, en *Revista “Paz y Justicia”*, número 20-21, Montevideo.

Beck, U. (1996), *¿Qué es la globalización?*, Paidós, Barcelona.

----(1986), *La sociedad del riesgo*, Paidós, Barcelona.

Bruera, S. y Midaglia, C. (1990), “*¿Qué opinan los montevideanos sobre su seguridad y sus derechos?*”, en *Revista “Paz y Justicia”*, número 20-21, Montevideo.

Bunge M. (1975), “*What is a Quality of Life Indicator?*”, en *Social Indicators Research* N° 2.

Centro de Información del Programa de Seguridad Ciudadana (Ministerio del Interior) (2002), *Encuesta de opinión pública para Montevideo y Canelones*, Montevideo.

CEPAL (1996), *Marginalidad e integración en Uruguay*, Montevideo.

CEPAL (2000), *Revista de la Cepal*, Abril de 2000, Santiago de Chile.

CEPAL (1996), *Sobre revoluciones ocultas: La familia en el Uruguay*, Montevideo.

Cohen, S. (1972), *Folk Devils and Moral Panics*.

Coser, L. (1961), *Las funciones del conflicto social*. Fondo de Cultura Económica, México.

Dominguez, P. (2003), *De la seguridad ciudadana a la seguridad humana*, mimeo, Facultad de Ciencias Sociales.

Durkheim, E. (1928), *El suicidio*, Madrid.

---- (1987), *La división del trabajo social*, Madrid, Akal Universitaria.

- EQUIPOS-MORI (2000), *Tercera Encuesta de Opinión Pública sobre Seguridad Ciudadana*, Montevideo.
- Esping-Andersen, G. (2001), “*Reestructuración de la protección social. Nuevas estrategias de reforma en los países adelantados*”, en Franco, R.: “*Sociología del Desarrollo. Políticas Sociales y Democracia*”, CEPAL.
- (2000), *Fundamentos sociales de las economías postindustriales*, Barcelona, Ariel.
- (1993), *Los tres mundos del Estado de Bienestar*, Ed. Alfonso el Magnánimo.
- Festinger, L. (1964), *When a prophecy fails: A social and psychological study*, Harpercollins.
- Festinger, L. y Carlsmith, J.M. (1959), *Cognitive consequences of forced compliance*, en *Journal of Abnormal and Social Psychology* N° 58.
- Fernández, G. D. (1995), *Seguridad ciudadana y reforma procesal: una contribución al debate*, Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo.
- Fernández, G. D. (1990), “*Reflexiones sobre el sistema penal*”, en *Revista “Paz y Justicia”*, número 20-21, Montevideo.
- Filgueira, C. (1983), *Comportamiento reproductivo y cambio social: algunas consideraciones sobre América Latina*, Acali, Montevideo.
- Filgueira, F. (1994), *Un estado social centenario. El crecimiento hasta el límite del Estado social batllista*, en Filgueira, C. y Filgueira, F. (1994), *El largo adiós al Estado modelo*, Arca, Montevideo.
- Goffman I.W. (1957), “*Status Consistency and Preference for Change in Power Distribution*”, en *American Sociological Review* Vol.22.
- Habermas, J. (1989), *Teoría de la acción comunicativa*, Madrid, Taurus.
- Hornung, C. A. (1977), “*Social status, status inconsistency and psychological stress*”, en *American Sociological Review* Vol. 42.
- Jackson, E. F. (1962) *Status inconsistency and symptoms of stress*, en *American Sociological Review* Vol. 37.
- Klein, D. (1994), *Tinta roja. Efectos de la crónica policial en Uruguay*, Montevideo, Rosebud.
- Lipset, S. y Salman G. (2001), *Corrupción, Cultura y Mercados*, Siglo XXI, México.
- Lenski, G. (1954), “*Status crystallization: a non-vertical dimension of social status*”, *American Sociological Review* N° 19.
- Luhman, N. (1992), *Sociología del riesgo*, México, U. Iberoamericana.
- McAlister, A. L. y Vélez, L. F. (1999), “*Behavioral sciences concepts in research on the prevention of violence*”, en *Pan American Journal of Public Health* N° 4/5 April-May 1999, OPS.
- Merton, R. (1972), *Estructura Social y Anomia*, FCU, Montevideo.

Morás, L.E. (1992), *Los hijos del Estado. Fundación y crisis del modelo de protección-control de menores en Uruguay*; Montevideo, Facultad de Ciencias Sociales/SERPAJ.

----- (2001), “*Violencia social e inseguridad ciudadana: situación actual y perspectivas*”, disponible en <http://www.unesco.org.uy/most/seminario/ongs-gobernancia/documentos.html>.

OCIT; datos particulares.

OPS; *Pan American Journal of Public Health*, N° 4/5 April-May, 1999.

Paternain, R. (2002), *Violencia y criminalidad en el Uruguay: una mirada macrorregional*. Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales.

----- (2001), *Violencia y crisis en el Uruguay contemporáneo*, Alicante.

----- (1996), “*Los reflujos de la seguridad*”, en *Revista de Ciencias Sociales del Departamento de Sociología N° 11*, Facultad de Ciencias Sociales, Montevideo.

PNUD (1993), *Informe de Desarrollo Humano 1993*, New York.

PNUD (1999), *Informe de Desarrollo Humano de la Provincia de Buenos Aires 1999*.

Pucci, F. y Trajtemberg, N. (2006), “*Políticas públicas, trabajo y criminalidad: algunas pistas desde la teoría sociológica del riesgo*”, en *Revista de Facultad de Derecho*, Montevideo.

Ministerio del Interior (2006), *Dossier resultados encuestas 1999-2004*, Mimeo.

Rico, J. M. y Salas, L. (1988), *Inseguridad ciudadana y policía*, Tecnos, Madrid.

Riella, A. y Viscardi, N (1999), *Condiciones de vida y heterogeneidad de los delitos en Montevideo: Aproximaciones a la construcción de un mapa social de la violencia* (Versión preliminar), Mimeo, Facultad de Ciencias Sociales, Montevideo.

Rodríguez Nebot, J. y Portillo J (1995), *Medios de comunicación y vida cotidiana*. Goethe Institut, Montevideo.

Sampson, E., *Congruencia de status y Consistencia Cognitiva*, FCU, Montevideo.

SERPAJ (1990), *Revista “Paz y Justicia”*, número 20-21, Montevideo.

Tedesco, J. C. (1996), *Educación y los nuevos desafíos de la formación del ciudadano*, en *Revista Nueva Sociedad* N° 146.

Weber, M. (1978), *Economy and Society*, University of California Press, 1978.

-----, *Sobre algunas categorías de la sociología comprensiva*, en *Ensayos sobre metodología sociológica*, Amorrortu editores, Buenos Aires.

7-FUENTE DE DATOS EMPLEADOS

Todos los datos que hemos utilizado para nuestros procesos nos fueron brindados en formato informático (SPSS) por parte de la División de Estadísticas del Ministerio del Interior.

Estas bases de datos son el fruto de los sondeos de opinión del Proyecto A-2: "*Campañas de Difusión sobre la situación del delito y las acciones emprendidas para su prevención*" del Programa de Seguridad Ciudadana del referido Ministerio.

Los relevamientos fueron realizados por la empresa consultora Equipos Mori sobre muestras estadísticamente representativas de Montevideo y Canelones en, diciembre de 1999, julio de 2000, diciembre de 2001. No disponemos por ahora de la ficha técnica de los mismos. No hemos tenido acceso a los sondeos de junio de 1999 y agosto de 2004 (los datos para estos años proviene de referencias bibliográficas del Ministerio del Interior).

Estos sondeos son periódicos, y el proyecto original los estipulaba en forma semestral, si bien el Programa de Seguridad Ciudadana redujo esta cadencia.